CUADERNOS historia 16

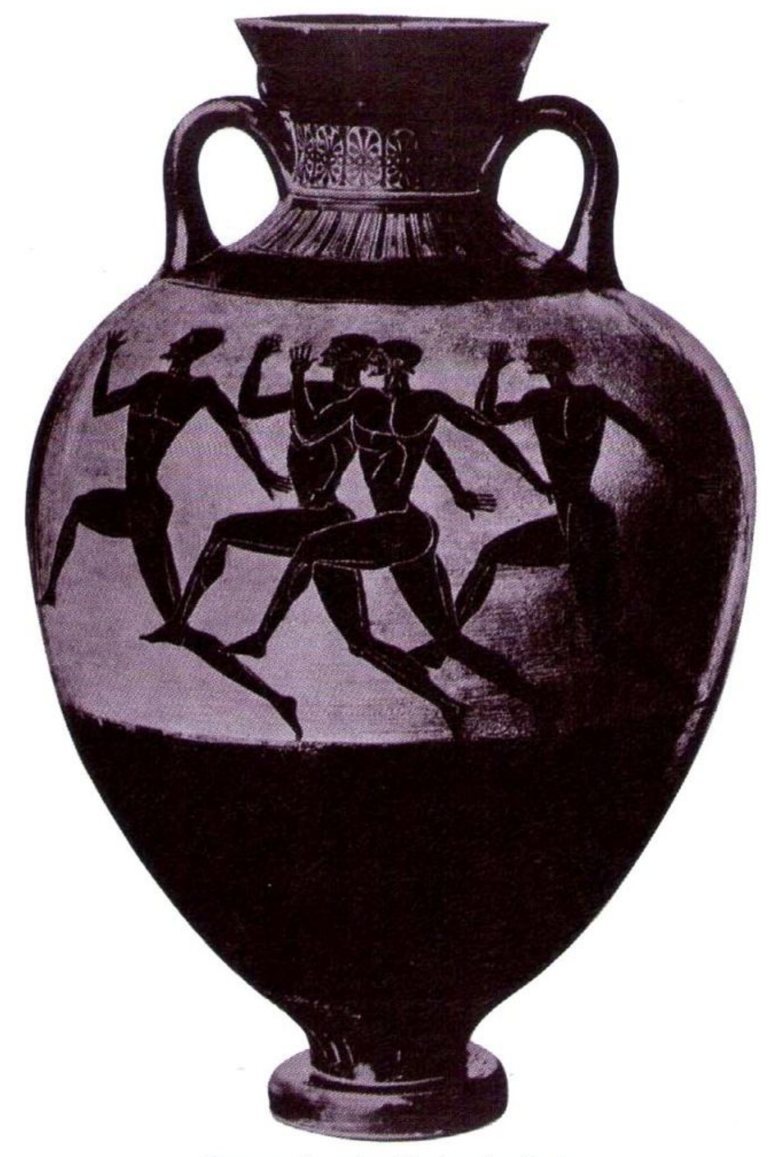
Las Olimpiadas

L. Gil, C. Durántez, I. R. Alfajemez y F. Camacho



106

175 ptas



Carrera de velocidad o de diaulo

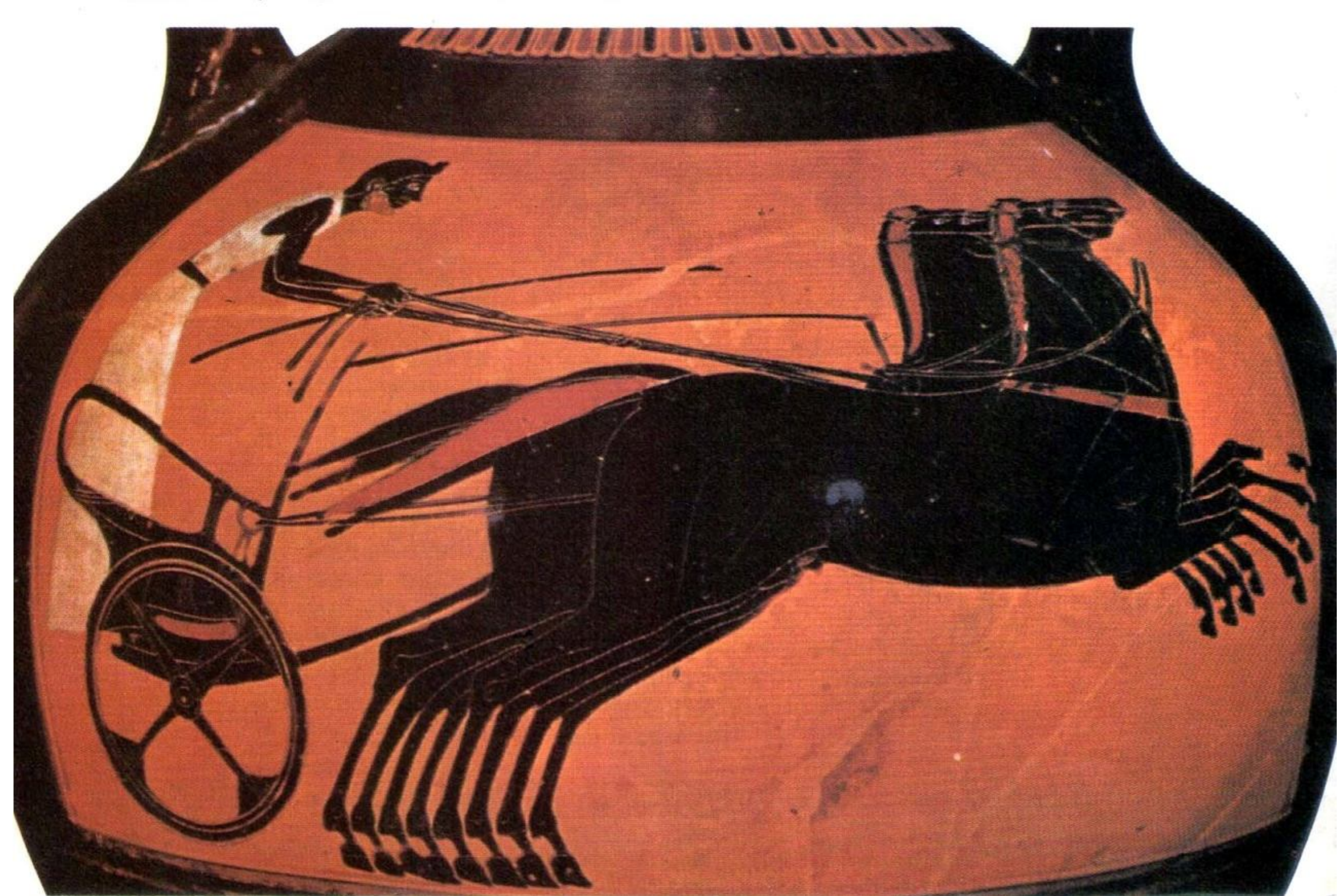
Indice

Los Juegos sin mito

Luis Gil
Catedrático de Filología Griega.
Universidad Complutense de Madrid

LOS historiadores, en general, han prestado —como, por otra parte, era lógico— preferente atención a los aspectos religiosos, deportivos e institucionales de las olimpíadas, descuidando los aspectos económicos y sociales que sustentaron esta manifestación de la vida griega. La razón es obvia: los datos sobre el particular escasean, y los disponibles carecen de la brillantez que tienen los epinicios y las descripciones de los tesoros de Olimpia. De ahí, la imagen idealizada de estos juegos y la exagerada importancia que se les atribuye como factor creador de la conciencia nacional de un pueblo escindido en múltiples ciudades-estado, como era el griego. Ocuparse brevemente del problema contribuirá, en cierto modo, a poner las cosas en su punto. Pero eso debe hacerse tocando el trasfondo del mismo, y lo que pudiéramos llamar su dintorno: a saber, los factores económico-sociales que favorecieron el desarrollo y auge de las olimpíadas, y los epifenómenos que éstas originaron a su vez. La tarea, insisto, no es fácil en la ausencia de datos directos, pero cabe operar para suplirlos con la combinación de otros existentes. Para ello se impone establecer previamente una serie de cortes cronológicos en la larga vida fechada de estas competiciones (776 antes de Cristo al 393 después de Cristo) de acuerdo con los diferentes contextos históricos.

El período de desarrollo y organización podemos situarlo *grosso modo* en los siglos VIII y VII antes de Cristo, en que se institucionalizan unos juegos cuyo origen (¿culto de los muertos?, ¿divinidades pregriegas degradadas posteriormente en héroes?), es evidentemente religioso. Pélope e Hipodamía, el Heracles Tebano y el Heracles Ideo (de Creta), así como una serie de fundadores y renovadores de las competiciones hasta llegar a Oxilo, confirman con su mítico prestigio la raíz religiosa de aquellas manifestaciones deportivas, que se asocia-



Abajo, izquierda: *cuádriga en plena carrera (decoración en negro sobre rojo de un ánfora panatenaica del siglo v antes de Cristo, Museo Británico, Londres).* Derecha: *el Auriga de Delfos (estatua en bronce del siglo v antes de Cristo, de autor desconocido, Museo de Delfos)*



ron después al culto del Zeus y de la Hera de Olimpia. El proceso de institucionalización culmina con la declaración de la *ekecheiría* o tregua religiosa como garantía de la inviolabilidad de bienes y personas durante el tiempo necesario para el traslado a Olimpia y la celebración de los juegos *(hieromenía),* así como con el nombramiento de los *hellanodikai,* magistrados de carácter civil y religioso, que impondrán fuertes multas a los contraventores de la tregua, dirigirán y velarán por el *fair play* en las competiciones. Los juegos olímpicos van perdiendo así su carácter local para convertirse en una festividad de todo el Peloponeso. De las rivalidades de Pisa y de Elis, ciudades vecinas del recinto de Olimpia, por hacerse con el control de los juegos, así como de ciertas intervenciones de Argos y Esparta en favor de una y otra, tenemos noticia, en especial de la de Fidón de Argos llamado en auxilio por los pisatas. Elis prevalecería a la postre en esta pugna.

A los siglos VI (segunda mitad, especialmente) y V antes de Cristo (sobre todo, en sus primeros cincuenta años) corresponde el momento de apogeo de las competiciones de Olimpia. Su carácter panhelénico se consagra definitivamente, se aumenta el número de competiciones, se multiplican las ofrendas, se construyen los tesoros y los templos del recinto sagrado; los poetas —Simónides, Baquílides, Píndaro— cantarán en versos inmortales la gloria de los vencedores. Del siglo IV antes de Cristo a la conquista romana (siglo II antes de Cristo) las competiciones olímpicas atraviesan altibajos que reflejan las vicisitudes de aquella época crítica. Si durante la guerra del Peloponeso la tregua religiosa fue en todo momento respetada, en el 364 antes de Cristo el recinto del Altis se convirtió en campo de batalla; en el 312 Olimpia fue ocupada y saqueada por Telésforo; los juegos pierden esplendor, para recuperarlo ocasionalmente con la intervención y la

magnificencia de Filipo de Macedonia, primero, y de los diádocos, después. Durante la república romana (siglos II-I después de Cristo) las olimpíadas languidecen faltas de concurso y emulación entre griegos de diversas ciudades que tuvieron antaño. El dominador romano no tiene interés alguno en reverdecer viejos laureles y avivar sentimientos adormecidos o acallados por la fuerza de las armas. Sila se llevó las ofrendas más valiosas de Olimpia en el 86 antes de Cristo, y en el 80 obligó a los atletas inscritos en los juegos a competir en Roma. Los emperadores de los siglos I-II después de Cristo por razones de prestigio favorecieron, en cambio, las olimpíadas. Intervienen en ellas miembros de la familia imperial, como Germánico, haciéndose representar como era norma, y hasta participarán personalmente en las carreras de carros, como Nerón. Con Adriano y Antonino Pío, Olimpia, gracias a las nuevas construcciones, parece recobrar su antiguo esplendor. Desde el siglo II después de Cristo hasta la prohibición de las olimpíadas por el emperador cristiano Teodosio en el 393, la antigua fiesta panhelénica irá en decadencia progresiva.

Laureles y dinero

De la simple inspección de este cuadro se colige que los períodos de máximo esplendor de las olimpíadas corresponden precisamente al momento de apogeo de la cultura y civilización griega (siglos VI y V antes de Cristo) y al período de mayor auge económico del Imperio romano (siglos I y II después de Cristo). La consideración de unos cuantos hechos nos revelará ahora la intervención en todo ello de los factores económicos. Hasta la olimpíada número 25 (680 antes de Cristo) no hubo carreras de carros tirados por cuatro caballos *(tethripa),* limitándose las pruebas a las diversas modalidades de carreras pedestres, y a la lucha y al pugilato, introducidos después. Las carreras de jinetes no aparecen hasta la olimpíada 33 (648 antes de Cristo), las de carros tirados por mulos, hasta la olimpíada 70 (500 antes de Cristo), y desaparecen en la olimpíada 84 (444 antes de Cristo). Un nuevo tipo de carro *(synoris)* de dos caballos hace su aparición en la olimpíada 93 (408 antes de Cristo). Por otra parte, las estadísticas realizadas sobre los *olimpionikai* demuestran una gran participación de los espartanos en el período inicial de las Olimpíadas hasta finales del siglo VII antes de Cristo (71 vencedores). Indican, en cambio, un descenso enorme de los vencedores de esta nacionalidad en el siglo VI antes de Cristo (10), y un aumento (19 vencedores) de los procedentes de la Magna Grecia. En el siglo V antes de Cristo la intervención espartana sigue en descenso (sólo seis victorias). En el siglo IV antes de Cristo predominaron los vencedores de Elis; en el tercero, las coronas van a parar a los griegos de Alejandría y del Asia Menor. En el siglo II antes de Cristo hay nada menos que 15 vencedores de la isla de Rodas.

Estos hechos, que aislados no dicen nada, adquieren su plena explicación a la luz del contexto económico. Por ejemplo, ¿cómo explicar tan poco brillante representación de Esparta en el siglo, precisamente, de su apogeo político y militar? ¿Es que no había en Laconia atletas buenos en número suficiente por entonces? La suposición cae por su base. Tampoco cabe dar una interpretación psicologista a este abstencionismo, como hace cierto autor influido por la ideología nazi, suponiendo gratuitamente que a un *Herrenvolk* cual el espartano le repugnase intervenir en competiciones que se iban gradualmente profesionalizando.

La realidad es mucho más prosaica y simple. La asistencia a los juegos olímpicos presuponía unos gastos de desplazamiento y de estancia de los atletas que sólo pudieron los espartanos sufragar cuando las competiciones no sobrepasaban el nivel local. Durante el siglo VII antes de Cristo, cuando el uso de la moneda (su aparición data, aproximadamente, del 630 antes de Cristo) no se había extendido, los espartanos pudieron asistir masivamente a la festividad y obtener tan elevado número de victorias. Las transacciones comerciales se efectuaban por entonces a nivel de la economía natural. En el siglo VI antes de Cristo, empero, al seguir Corinto y Atenas el ejemplo de Egina, que comenzó sus acuñaciones de monedas en el VII antes de Cristo y, sobre todo, en el V antes de Cristo, en que Siracusa puso en circulación piezas de oro de gran valor, como se hubiese ya generalizado la economía monetaria por todas las ciudades griegas, los espartanos no pudieron concurrir a los juegos en la misma proporción.

La moneda, como instrumento simbólico



Economía monetaria y juegos olímpicos en el siglo v a.C.

Arriba, izquierda, *«Synoris» de mulas, 413-410 a.C. en una tetradracma messana*. Arriba, derecha, *cuádriga coronada por águila con serpiente, 414-412 a.C. (decadracma de Agrigento)*. Abajo, izquierda, *Niké sobre cuádriga vencedora (decadracma de Siracusa, 480-479 a.C.)*

Abajo, derecha, *victoria alada corona a los vencedores (tretradracma, de Siracusa, 485 a.C.)*

de cambio de escaso peso y gran valor, favorecía extraordinariamente los desplazamientos al permitir adquirir sobre el terreno los productos que, de otro modo, era preciso llevar consigo.

Esparta, sobrepasada

Por desgracia, no era éste el caso de los ciudadanos de Esparta, que no se incorporó al movimiento general, quedando rezagada en las relaciones comerciales y obligada a la autarquía económica. La famosa constitución de Licurgo impuso para uso interior una moneda de hierro, de enorme peso y escaso valor, prohibiendo a los particulares la posesión del oro y plata, con lo cual se quedó severamente restringida la asistencia de espartiatas —salvo los favorecidos por el Estado— a los juegos de Olimpia.

La relación entre la economía y la asistencia a los juegos se pone también de relieve en las listas de vencedores de los siglos siguientes. En el siglo IV antes de Cristo, predominan los vencedores de Elis, lo que indica la escasa participación de las restantes *poleis* griegas, en una fase ya de crisis política y depresión económica. En los dos siglos siguientes figuran en destacado lugar los alejandrinos y rodios, de acuerdo con el auge, primero del reino ptolemaico de Egipto, y

con el desarrollo comercial de Rodas que logró mantener su independencia política durante toda la época helenística.

También es sintomática la curva de evolución de las carreras de carros, la prueba más vistosa y la de mayor importancia en los juegos. En ellas, claro está, sólo podía participar gente de elevada posición social y grandes recursos económicos, que permitían o bien transportar los caballos desde su patria, o bien mantener la propia cuadra en el lugar. El triunfo no era para el auriga, sino para el dueño del tiro, y se comprende que razones de prestigio político —piénsese, por ejemplo, en los tiranos de Sicilia, en Alcibíades en el 416 antes de Cristo, en Filipo de Macedonia, etcétera—, obligarán a hacer desembolsos muy considerables.

Cuando el dinero líquido escaseaba, el número de animales de tiro se reduce, como ocurrió a finales de la guerra del Peloponeso, en que hicieron su aparición por primera vez las *synorides* o carros tirados por dos caballos. Razones económicas explican también no sólo que aunaran sus esfuerzos económicos dos personas o toda una comunidad para competir en las carreras de carros, sino el que intervinieran mujeres en esta modalidad deportiva. El caso se dio en Esparta debido a los motivos señalados anteriormente. Si a los varones les estaba prohibida la posesión de oro y plata, no ocurría lo mismo con las mujeres, que llegaron a amasar grandes fortunas. Bajo este prisma se justifica la anomalía de que la primera mujer en acudir a Olimpia fuera la hermana del rey Agesilao (olimpíada 98-100, 390-380 antes de Cristo), que, asimismo, obtuvo la victoria.

Desde un primer momento hubo en Olimpia, juntamente con los juegos, un mercado. La asociación de ambas cosas le parece tan natural al historiador romano Veleyo Patérculo que, refiriéndose a Ifito, uno de los renovadores de las olimpíadas, dice: *ludos mercatum que instituit* (I. 8). De las características de este mercado, salvo esta alusión y otra de pasada de Cicerón, no tenemos noticia alguna, lo que hace pensar que no se saliera de lo habitual en ocasiones semejantes. La aglomeración de gentes venidas de todas partes atraía el afán de lucro de pequeños vendedores no sólo de artículos de primera necesidad, sino de las infinitas chucherías que suele el ser humano comprar en coyunturas análogas.

Mercaderes y artistas

Durante el período jubiloso de las pruebas y las solemnidades religiosas que las acompañaban, Olimpia se convertía en el paraiso de los *kapeloi,* o pequeños comerciantes que instalaban allí sus tenderetes y aguaduchos. El dinero procedente de todo el mundo griego corría fácil, y en este sentido puede decirse que por una temporada al año las inmediaciones del Altis se convertían en el mayor mercado de divisas de Grecia. Los juegos olímpicos, como las restantes festividades religioso-deportivas panhelénicas, desempeñaron (al igual que otras instituciones de la época, por ejemplo, los mercenarios) un papel de primerísimo orden en la difusión de la moneda. Que el negocio era para los especuladores y que de las respetables sumas puestas en circulación era muy poco lo que quedaba en Elis o en Pisa, lo demuestra el escaso





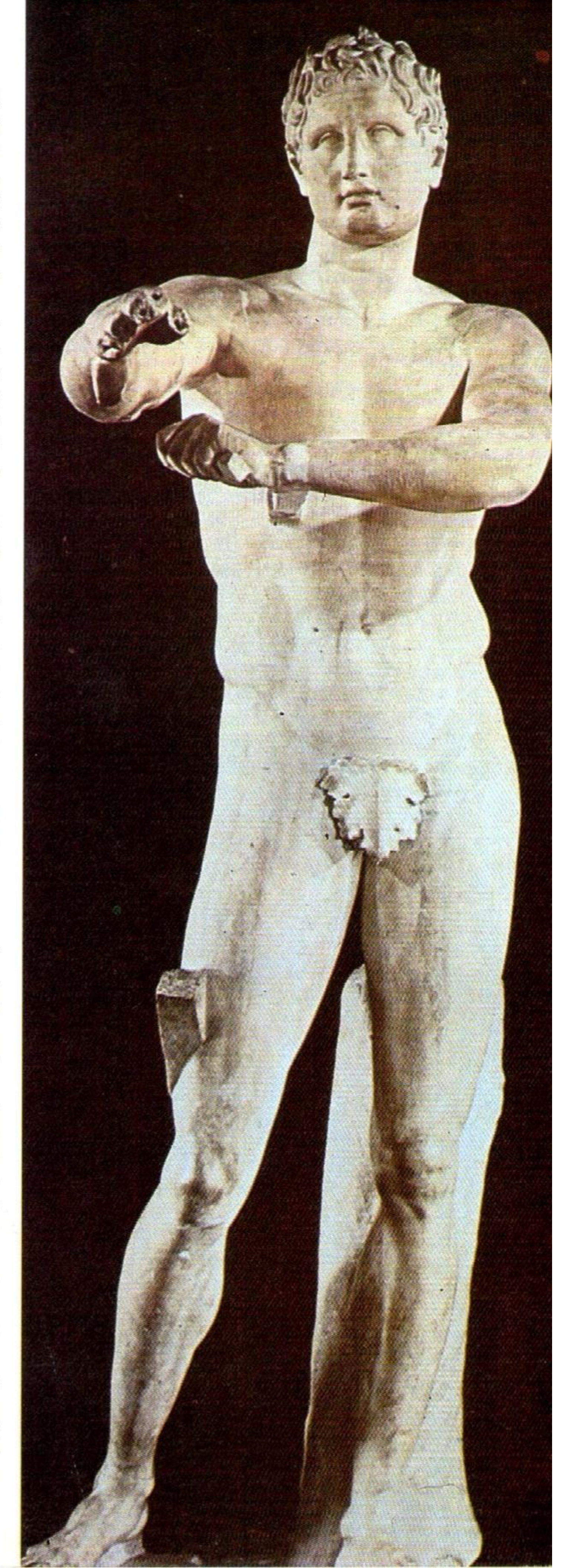
desarrollo y la mínima importancia política de estas ciudades. Hay, asimismo, un dato curioso, cuyo alcance por desgracia no puede compulsarse. El mismo personaje, Fidón, que intervino a favor de los pisatas en contra de Elis, fue el introductor de la moneda en Argos. ¿Habría captado la importancia de Olimpia como —valga el anacronismo— mercado de capitales?

Junto al vulgo, que dormía al raso, padeciendo las inclemencias del tiempo y en condiciones higiénicas precarias, como refiere en época romana Epicteto, las delegaciones oficiales de las ciudades —los *theoroi*— rivalizaban, por razones de estado, en lujo y derroches de generosidad. Esto atraía a artistas o a vendedores de objetos suntuarios. Tenemos, por ejemplo, noticia de que el pintor Aetión expuso públicamente en Olimpia su cuadro de la boda de Alejandro y Roxana.

Y junto a los artistas venían, al olor de la multitud, intelectuales, predicadores populares y tipos pintorescos como Peregrino Proteo, para difundir su mensaje por todo el mundo griego: Gorgias, Lisias, Isócrates, Hipias de Elis, Pródico de Ceos, Anaxímenes de Lámpsaco, Polo de Agrigento, el propio Heródoto, pronunciaron discursos o dieron lectura pública de algunas de sus obras en Olimpia. Hasta el tirano Dionisio, *el Viejo,* de Siracusa hizo recitar allí en el 388 antes de Cristo sus horrendos poemas.

Amateurismo marrón

Engañados por los sucesivos llamamientos a la unidad de los griegos contenidos en los discursos *olimpíacos* de Gorgias y Lisias, o en el *Panegírico* de Isócrates, los estudiosos han atribuido a las olimpíadas un papel de primer orden en la difusión de los sentimientos panhelénicos de los griegos, cuando en realidad sucedió exactamente lo contrario. Efectivamente, la conciencia de pertenecer a un mismo pueblo nacida de la comunidad de lengua y de creencias, es anterior a las olimpíadas, ya que la condición *sine qua non* para participar en las pruebas era precisamente la de ser ciudadano libre y de plenos derechos de una cualquiera de las *poleis* griegas.



Cabeza de Zeus procedente de Olimpia (siglo V a.C. Museo Nacional, Atenas). Representación humanizada del río Cladeo (Museo de Olimpia). El Apoxiomenos (derecha), *representación de un atleta (Lisipo, siglo IV a.C. Museo Vaticano, Roma)*

Como suele suceder hoy día en las competiciones deportivas, las olimpíadas, lejos de crear sentimientos de paz y de solidaridad entre los griegos, avivaban sus rencillas aldeanas y sus rivalidades. No todo era limpio espíritu agonal, ni pura deportividad, en aquellas pruebas. El deseo de triunfar a toda costa sobre el adversario —enemigo mortal a veces en guerra declarada— quebrantaba en más de una ocasión —presiones sobre los juegos y hasta sobornos— las reglas del juego.

Desde el punto de vista estrictamente deportivo el afán de superación exacerbado por los patriotismos locales, condujo a una progresiva profesionalización de los deportistas que fue a la larga lo único que quedó del antiguo espíritu olímpico cuando los griegos perdieron su independencia nacional. Los premios en metálico, las exenciones de prestaciones al estado, honores como la alimentación a expensas públicas que las ciudades concedían a sus vencedores, reunían los suficientes atractivos para que los deportistas de baja extracción social hiciesen de su especialidad un *modus vivendi.* Ocurría esto fundamentalmente con la lucha *(pale),* el pugilismo *(pygme)* y el pancracio. *Entre los muchos males que hay en la Hélade* —decía Eurípides— *ninguno peor que la raza de los atletas.* Su queja la recogen Platón y Jenofonte en el siglo IV antes de Cristo y, posteriormente, los filósofos y moralistas del Imperio con sus continuas denuncias del peligro de desarmonía derivado del cultivo exclusivo del cuerpo con menosprecio del espíritu.

Los higienistas y los médicos como Galeno advirtieron, a su vez, de los atentados contra la salud que conllevaban la dieta anormal y el duro régimen de vida de los atletas. Pero nadie hacía caso de sus voces. Había echado ya hondas raíces en la sociedad un nuevo tipo de profesional del deporte: el *peiodonikes,* que iba de competición en competición en busca de premios y privilegios, para acabar sus días, cuando el vigor se agotaba, como masajista o preparador de atletas.

Las pasiones locales desencadenadas por las primitivas competiciones entre aficionados desaparecieron y el público, perdido el espíritu agonal de antaño, iba a los juegos a contemplar meramente el virtuosismo de unos profesionales, sin que le importara para nada su procedencia. Es sintomático que el último *olimpionica,* cuyo nombre conocemos, sea el del armenio Varazdates, que fue coronado el 381 después de Cristo; la víspera, como quien dice, de la supresión de los juegos por Teodosio.

Epica y deportes

Francisco Camacho
Periodista

SE levantó al instante el veloz Ajax, luego Odiseo y, por fin, Antíloco, hijo de Néstor, que vencer solía. Alineados quedaron, y fue Quiles quien indicó la meta. Sin tardanza, el hijo de Oileo fue delante de todos los demás, pero Odiseo lo seguía de cerca, cuanto dista el pecho de quien hila el uso, y gira para envolver el hilo junto al seno...

(HOMERO, *Ilíada)*

Fue la carrera, que con tanto conocimiento y experiencia narra Homero en la *Ilíada,* una de las grandes aficiones de los griegos, hasta el punto de que era la única disciplina practicada en las más primitivas olimpiadas de las que se tiene noticia (año 776 antes de Cristo). Entonces los Juegos sólo duraban un día y era la carrera (dromos) en torno al estadio, con una distancia de 192,27 metros, el plato fuerte del día.

Luego fueron añadiéndose nuevas distancias a los corredores de los Juegos en honor de Zeus, así como nuevas disciplinas. De un día de duración, la fiesta pasó a seis, aunque sólo tres de las jornadas fuesen de competición. En síntesis, los ejercicios deportivos que tuvieron cabida en la edad de oro de Olimpia estuvieron más o menos relacionados con las actividades militares (carrera, lanzamiento de armas —jabalina—, saltos, pugilismo, lucha, equitación...). También conocieron los griegos, de forma más

o menos perfeccionada, otras disciplinas deportivas, como la pelota, la natación, el hockey..., pero estos deportes no tuvieron cabida en el valle que riega el Alfeo.

La carrera tuvo hasta seis modalidades, aunque nunca llegaron a celebrarse las seis en los mismos Juegos. La velocidad tuvo su opción en el estadio, la más clásica de las competiciones, con 192,27 metros de recorrido. El semifondo se practicó sobre dos distancias, el *diaulo* y la *hípica*. Consistía la primera en dos vueltas al estadio (384,54 metros) y la segunda en cuatro vueltas (769,08 metros), por lo que, en distancia, equivaldrían a pruebas —400 y 800 metros lisos— consideradas actualmente de velocidad. El fondo tuvo su formación en la carrera de *dólico,* 24 vueltas al estadio, con una distancia total de 4.615 metros.

La técnica y el esfuerzo que requerían estas distancias no tiene parecido alguno con las actuales. El piso era de arena y los atletas corrían descalzos. En la LXXXV olimpiada (año 440 antes de Cristo), el espartano Ladas pagó con su vida el esfuerzo que le costó ganar el *dólico.* Se desplomó al llegar a la meta, junto a la orilla del Eurotas, donde se le erigió un monumento. No es el caso del *hemeródromo* (mensajero o heraldo) Argeus, que participó en los Juegos del año 328 antes de Cristo. Compitió por la mañana en *dólico,* ganó la prueba, y por la noche llegaba corriendo a su ciudad natal de Argos, distante unos 100 kilómetros, para dar la buena nueva...

El caso resultaría un tanto increíble si no tuviéramos constataciones históricas. Filípides, según narra Herodoto, corrió desde Atenas a Esparta para pedir ayuda contra los persas (año 490 antes de Cristo), y cubrió la distancia, unos 230 kilómetros, en dos días. Aún más impresionante: 2.000 espartanos, con sus armas de guerra, cayeron por sorpresa sobre los persas, después de haber recorrido 200 kilómetros en tres días.

Y en este clima deportivo-militar no podía faltar en Olimpia la carrera con armas, *hoplitódromos,* carrera de *hoplitas,* esto es, de soldados de infantería, equipados con todas sus armas (en el último período olímpico sólo portaban escudo y casco), que daban dos vueltas al estadio. Existieron también las carreras de relevos, pasándose los atletas una antorcha, en vez del actual testigo.

La lucha

...Crujían sus espaldas, duramente presas
por los fuertes brazos. Sudaban los cuerpos.
Cruentos cardenales pintaban costados
y espaldas. Los dos anhelaban furiosos
lograr la victoria y alcanzar con ella
el hermoso trípode. Pero ni Odiseo
derribaba a Ajax, ni éste a su enemigo
poderoso y fuerte. La lucha seguía.

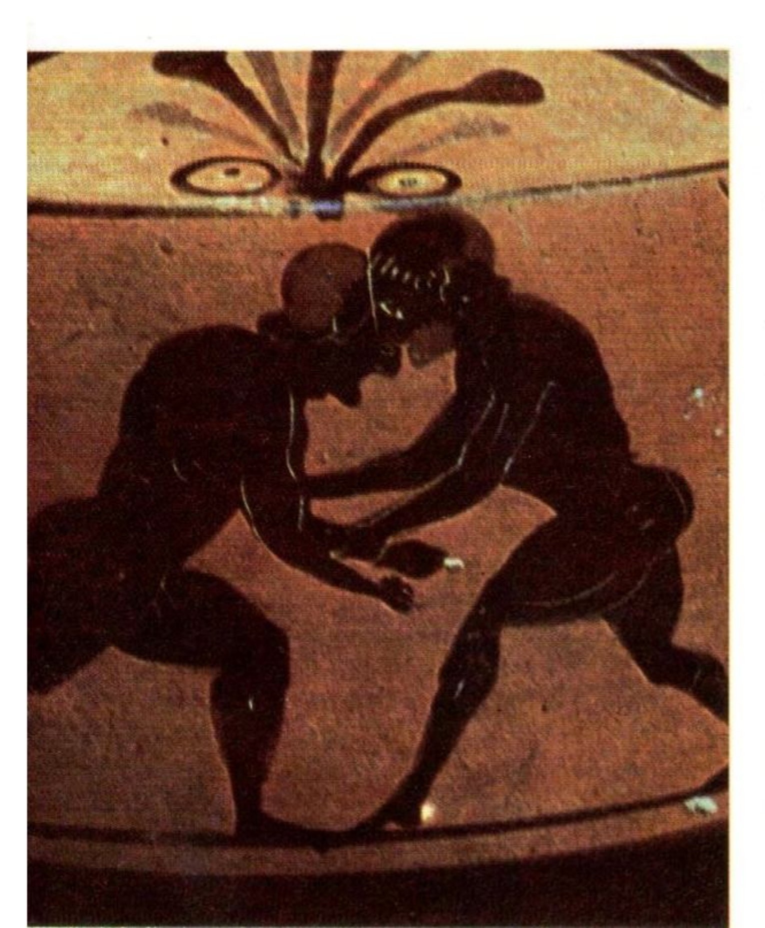
(HOMERO, *Ilíada)*



Oplitódromos, carrera de oplitas, atletas equipados como soldados con escudo y casco, que consistía en dar dos vueltas al estadio: 384,54 metros



Cuatro escenas de lucha en las olimpíadas griegas. Arriba, *un pancracista eleva su dedo en señal de abandono (cerámica ática).* Abajo, *escena de lucha, que debía ser relativamente similar a nuestra lucha libre (cerámica ática).* Derecha, arriba: *pugilistas y árbitro. La pareja que combate a la izquierda está en plena lucha; la derecha, observada por el árbitro, termina el combate: un boxeador levanta su índice en señal de abandono.* Derecha, abajo: *luchadores de pancracio y árbitros (cerámica ática, siglo IV antes de Cristo)*



La descripción homérica sitúa la lucha como competición en tiempos preolímpicos. El combate entre Odiseo y Ajax, que termina en nulo, se adapta a algo parecido a nuestra *lucha libre.* El mismo Homero narra en la *Ilíada,* con ocasión de las honras fúnebres organizadas por Aquiles en memoria de su amigo Patroclo, un combate a puñetazos, algo similar a nuestro boxeo.

La afición de los griegos a la práctica de ambas disciplinas terminó por imponerlas en los Juegos Olímpicos. Así, la lucha libre se incorpora en la XVIII Olimpiada (708 antes de Cristo) y el boxeo lo haría en la XXIII (688 antes de Cristo). Una tercera clase de lucha se practicaría en las olimpiadas antiguas, el *pancracio,* cuya primera manifestación olímpica se produce en la XXXIII edición de los juegos (648 antes de Cristo). Este género de lucha, que combinaba la libre y el pugilato, no tiene vestigios en la literatura preolímpica.

La lucha libre permitía todo tipo de llaves y contrallaves sobre cuello, torso y brazos, estando prohibidas las de las piernas, aunque se admite la zancadilla. Era proclamado vencedor el contendiente que lograse derribar por tres veces a su rival. No existió la clasificación por pesos, con lo que se estimuló el juego de la habilidad, agilidad y astucia, a costa de eliminar a los menos dotados físicamente. En las escenas de lucha llegadas hasta nosotros, puede observarse una notoria diferencia entre los atletas de la edad de oro olímpica y los años inmediatamente anteriores a nuestra era. Se pasa de luchadores estilizados y ágiles, a hombres corpulentos, pesados y con gran cantidad de grasa en el abdomen. Esas diferencias morfológicas debieron condicionar, también, un cambio en los reglamentos. Así, según Pausanias, el siciliano Leontisco fue dos veces coronado de laurel, sin saber derribar a sus contrarios. Simplemente les rompía los dedos. Caso bien diferente al del legendario Milón de Crotona, seis veces vencedor (entre el 540 y el 516 antes de Cristo), cuya inteligencia era comparable a su fortaleza. Perteneció a la escuela Pitagórica y escribió un libro, titulado *Física,* que se ha perdido.

El pugilato llegó a tener gran predicamento olímpico, siendo su corona una de las más codiciadas. Se practicaba sin diferenciar los pesos, probablemente sin asaltos y, desde luego, sin límite de tiempo, lo mismo que la lucha. En un principio, se debió boxear con los puños desnudos, luego los púgiles comenzaron a vendarse los nudillos y muñe-

cas con una tira de piel sin curtir —blanda— de unos tres metros de larga y un par de centímetros de ancha. Con el paso del tiempo, se fueron endureciendo los vendajes hasta llegar a los puños erizados de clavos o armados de hierro de la época romana.

El peligro que entrañaba esta forma de lucha obligó a quienes la practicaron a una elevada tecnificación, similar a la actual. Se adiestraban en gimnasios, a la orden de un cuidador y conocieron el empleo de la *pera*, el saco (de arena o trigo) y las *sombras*. El golpe preferido se dirigía a la cabeza, aunque nada indica que estuvieran prohibidos los golpes al torso. La guardia consistía en adelantar los brazos para prevenir los golpes en la cara u orejas. El pugilista más celebrado era aquel que ganaba sin haberse dejado golpear. Los combates, cuando no se producía derribo o retirada y se prolongaban hasta cansar a jueces y espectadores, se dilucidaban por clímax: un púgil se quedaba quieto y el otro podía darle un puñetazo. Si el golpe era resistido se invertía la situación, y así, sucesivamente, hasta el derribo o el abandono.

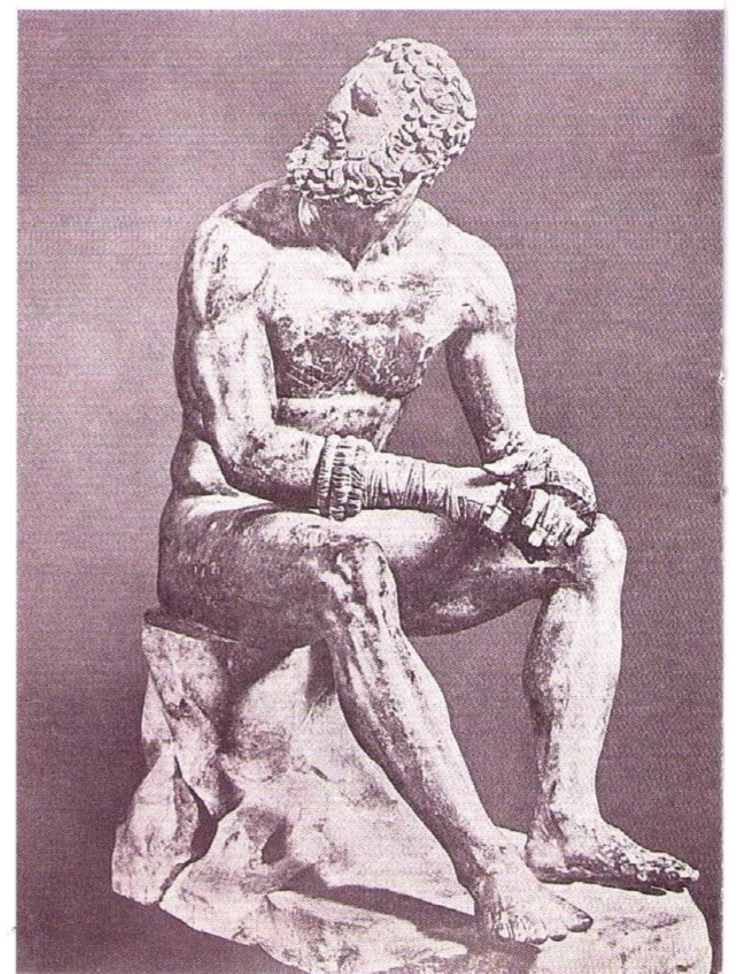
Las deformaciones debieron ser tremendas. Lucio escribe de un tal Estratofón:

... apenas cuatro años después de
dedicarte a la lucha, ya nadie
en el pueblo te reconoce,
hasta los perros te ven como un extraño.
Si vieras tu semblante en el espejo,
también tú jurarías: «de veras,
éste no puede ser Estratofón».

El *pancracio* fue, sin duda, el género de lucha más duro y peligroso que se practicó en Olimpia. Su desarrollo es tardío, así como el entusiasmo que llegó a despertar en los siglos del helenismo. Era una lucha feroz, incluso a muerte, en la que únicamente se prohibían los mordiscos. Concluía, como las anteriores, por abandono o fuera de combate.

En general, fue un género de lucha brutal, en la que se distinguieron los hombres más rudos e incultos de Grecia, aunque también lo practicaron hombres importantes como Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno. La emoción que su peligro y violencia despertaban en los espectadores puede colegirse de las alabanzas que le dedican Píndaro y Tucídides. Filostrato escribe que *era lo más que había en Olimpia*. Sin embargo, las críticas debieron ser importantes: según Luciano, el escita Anacarsis decía a Solón: *¿Me quieres decir tú qué es lo que*



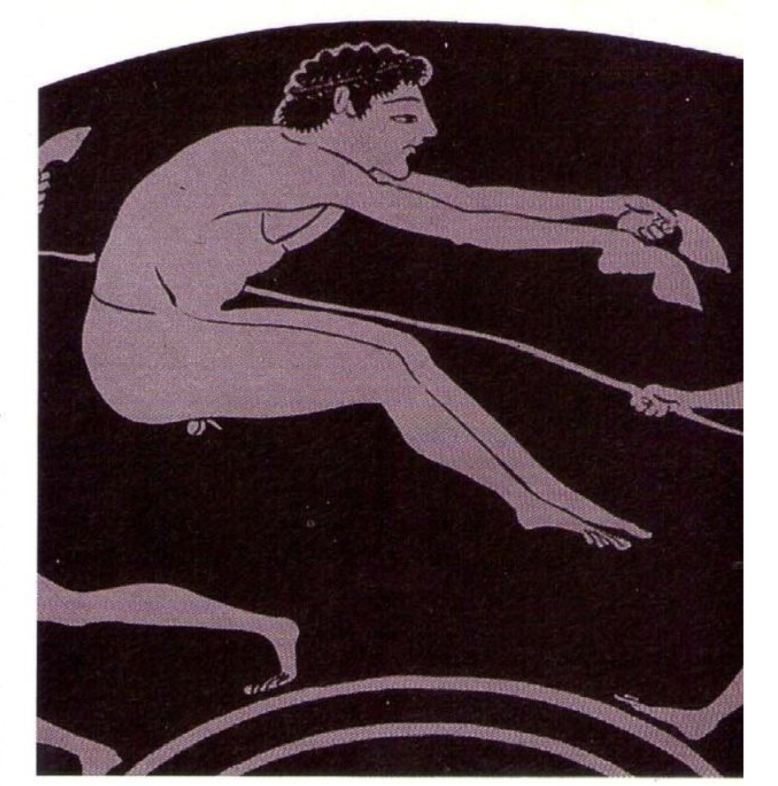


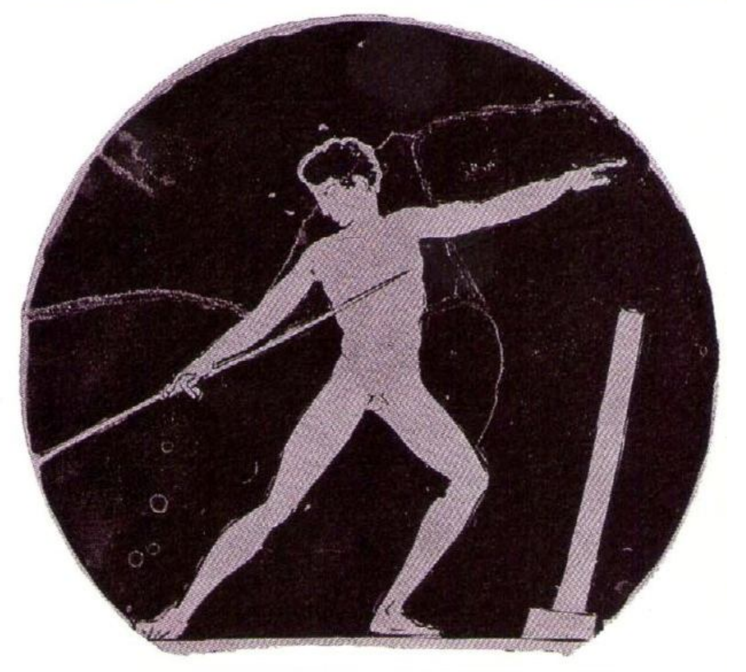
pretenden estas gentes? Aquellos se lanzan a patear al contrario; éstos ruedan entrelazados por el suelo, como si de cerdos se tratara; aquí se precipitan, con la cabeza baja, uno contra otro, golpeándose el cráneo como si se tratara de machos cabríos...

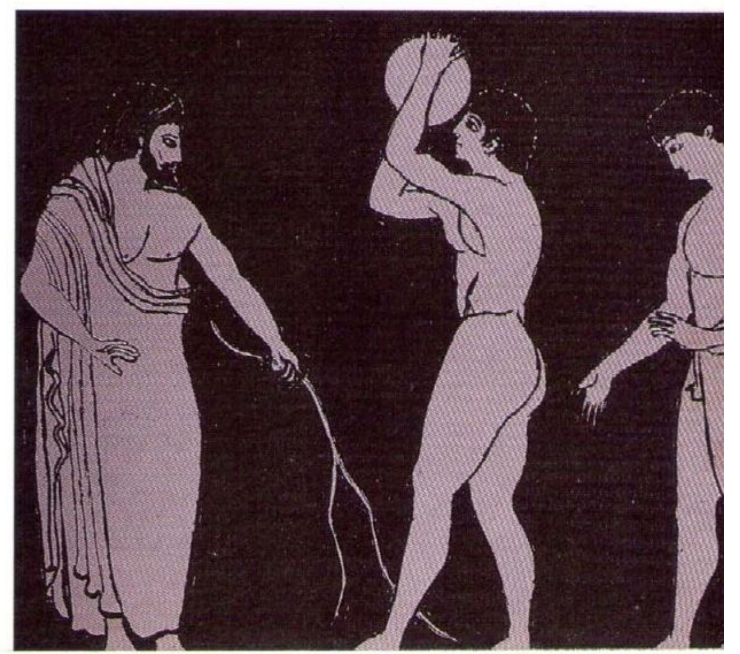
El Pentatlon

Nadie, por el contrario, discutió en Grecia la belleza y el mérito del *pentatlon,* la competición de cinco pruebas: carrera, disco, jabalina, salto y lucha. Es más, los vencedores en esta competición fueron siempre celebrados como reyes individuales de la Olimpiada y los artistas griegos les consideran sus conciudadanos más hermosos y mejor dotados para la guerra. Si se ha de creer a Pausanias, su introducción en los Juegos Olímpicos se produjo en la XVIII edición (año 708 antes de Cristo), aunque parte de las disciplinas de que se componía fueron practicadas individualmente en anteriores olimpiadas (como la carrera o la lucha) y ya, en tiempos preolímpicos, se compitiera en un conjunto de disciplinas que arrojaban un vencedor medio. Filostrato nos hace remontarnos al legendario viaje de los *Argonautas: ...Antes de los tiempos de Jasón había coronas separadas para el salto, el disco y la jabalina. En tiempos del viejo Argo, Telamón fue el mejor en el lanzamiento del disco, Linceo ganó con la jabalina, los hijos de Boreas fueron los vencedores en la carrera y el salto y Peleo fue el segundo en estas disciplinas, pero superó a todos en la lucha. Por tanto, cuando se celebraban los Juegos de Lemos, Jasón —se asegura—, deseando complacer a Peleo, combinaba los cinco ejercicios y Peleo se aseguraba la victoria en el conjunto.*

En el panorama olímpico, tan emparentado con la artes marciales, resultaba evidente que el pentatleta tenía las cualidades óptimas del guerrero: rapidez, agilidad, fuerza, habilidad, valor, resistencia, destreza en el manejo de las armas...; de hecho, la jabalina era un arma de guerra; el disco, aparte de haber sido un objeto votivo, parece el re-







Arriba, izquierda: *pancracistas y árbitro.* Abajo, izquierda: *pugilista lleno de deformaciones:* Estratofón, si vieras tu semblante en el espejo, también tú jurarías: «de veras, éste no puede ser Estratofón». Arriba, derecha: *técnica del salto con alteras.* Centro, derecha: *lanzador de jabalina.* Abajo, derecha: *el entrenamiento de los discóbolos*

medo de la piedra utilizada como arma arrojadiza. De hecho, hubo competiciones anteriores al disco, en la que se lanzaban piedras. Hace un siglo se halló una piedra ovalada, de 68 × 39 × 33 centímetros, en la tumba del héroe Pélope. Actualmente se conserva en el Museo de Olimpia y tiene una inscripción: *Bibón superó con una mano y sobre la cabeza el lanzamiento de Oseas.*

Sea como fuere, el lanzamiento de disco data de épocas preolímpicas y lo encontramos en Homero:

Se levantó furioso dando un salto, tomó un disco mayor que el que lanzaban los feacios, lo impulsó con la diestra y lo mandó silbando por el aire. Los varones de Esqueria, los remeros que bogaban por los mares, se agacharon temerosos del vuelo de la piedra que volaba ligera como un ave.

(Ilíada)

El tamaño de los discos utilizados en las olimpiadas antiguas debió ser variable, ya que se han encontrado no menos de 15 ejemplares de la misma época de diferentes tamaños, que van desde los 16,5 centímetros a los 34, y de un peso de 1,245 a 5,707 kilogramos. Primitivamente, fueron de piedra, pero en Olimpia ya se utilizaron de bronce. La técnica de lanzamiento debió ser múltiple, a juzgar por los recuerdos que nos ha legado la estatuaria y la pintura cerámica de Grecia, aun cuando esto pudo deberse al capricho del artista... Las marcas logradas con el disco debieron superar los 30 metros, referencia de escaso valor por ignorarse el tipo de disco empleado.

La jabalina tuvo, al menos, tres tipos de empleo olímpico: alcance, precisión y empleo desde caballo. En *pentatlon* debió de privar el alcance, donde es seguro que se consiguieron registros elevados, dadas las características del objeto empleado. Eran delgadas, elásticas y de la altura de un hombre y en el centro tenían una correa de cuero que se enrollaba en torno al asta y terminaba en un lazo que el atleta dominaba con los dedos índice y medio. De esta forma se conseguía mayor puntería, al obtener la rotación del arma, y mayor impulso y penetración en el aire.

La forma de lanzamiento tiene un enterado y preciso narrador en Jenofonte, que escribía: *Una vez asida la jabalina, se debe adelantar el lado izquierdo del cuerpo y después inclinar el derecho hacia atrás. Con brusca sacudida de los muslos se lanza entonces la jabalina, dirigiendo su punta ligeramente hacia arriba. De esta forma el disparo consigue más fuerza y que la jabalina llegue a mayor distancia y alcance más fácilmente el punto de destino. Todo depende de que se haya sabido imprimir una buena dirección al arma.*

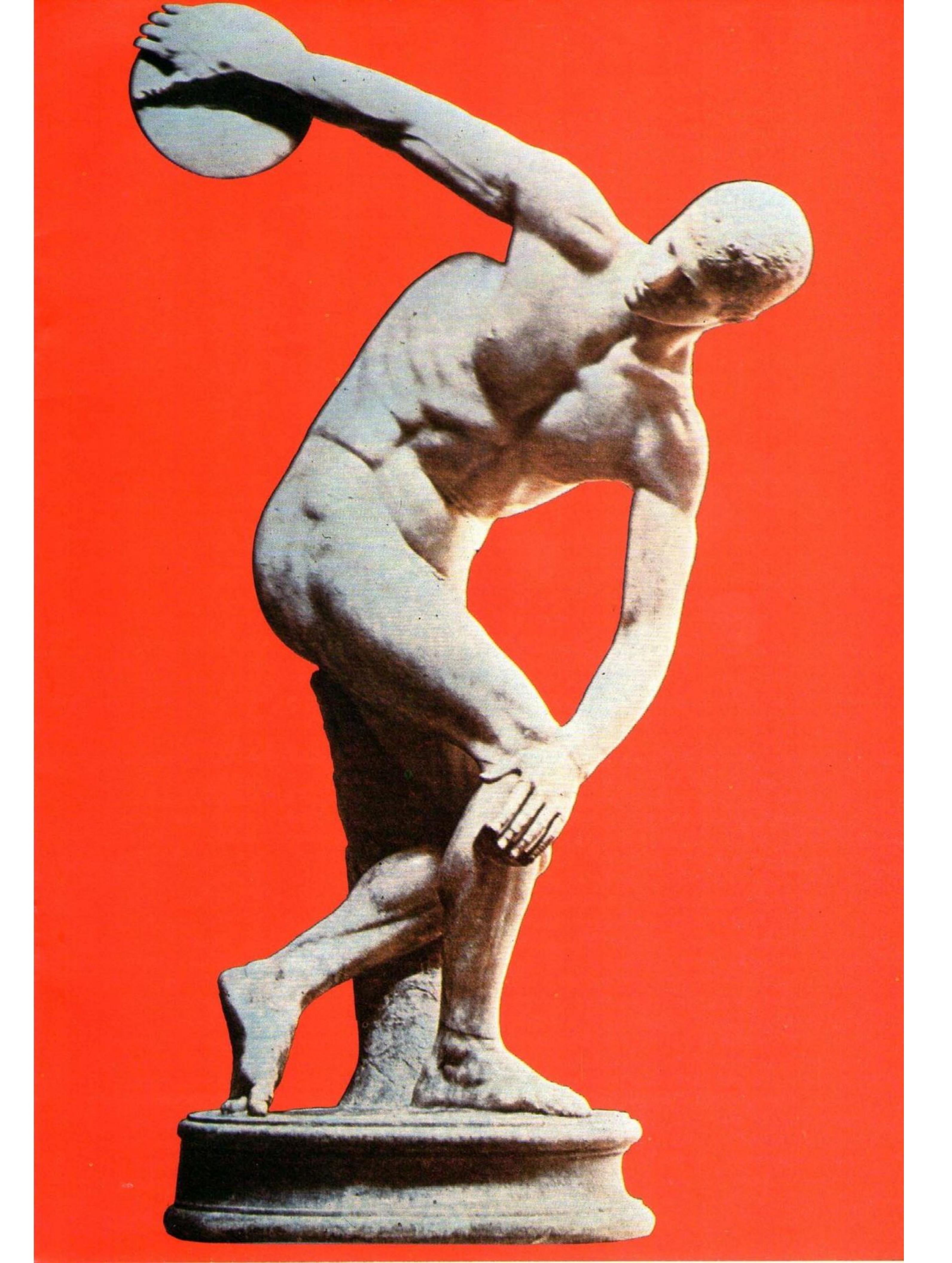
El salto griego es, quizá, la especialidad pentatloniana más polémica y más difícil de explicar actualmente. *Cincuenta y cinco pies saltó Failo, en el disco le faltaron cinco para cien,* puede leerse en la Antología Griega. El epigrama resulta desconcertante, ya que 55 pies en las medidas solónico-áticas, equivaldrían a 16,31 metros, siete más que el actual récord olímpico... Añade dificultades la circunstancia de que se saltase con alteras en las manos, que facilitaban —al parecer— el impulso del atleta y que eran soltadas en el momento de iniciar el vuelo o que, como puede verse en algunas pinturas de vasijas, eran llevadas por delante en el momento de iniciar el salto y recogidas violentamente hacia atrás al llegar al punto de caída.

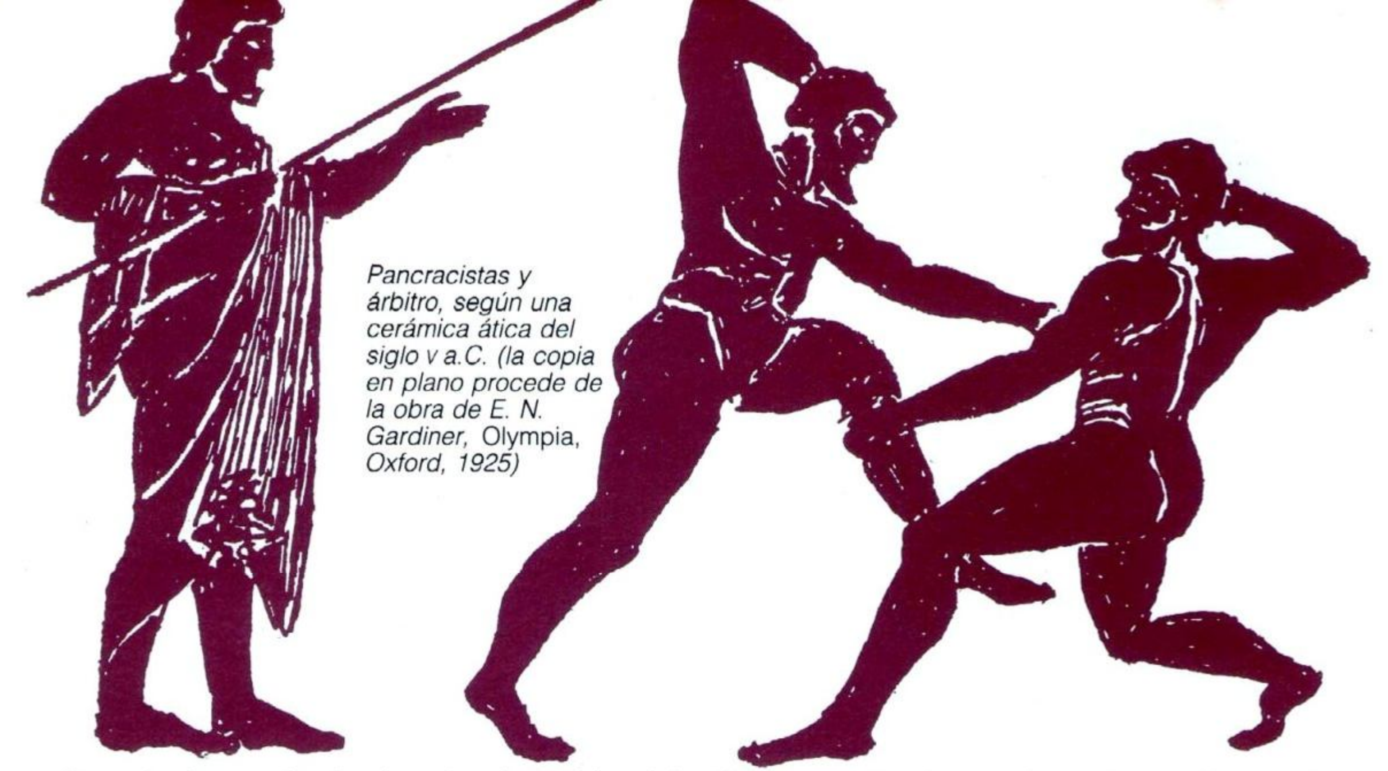
Ese posible impulso no justifica el desmesurado récord, teniendo en cuenta, entre otras cosas, que la carrera para tomar impulso se realizaba sobre un suelo de arena. Muchas polémicas ha despertado este salto, así como el que narra Sexto Julio, el Africano, quien atribuye a un saltador. Quionis, un salto de 16,66 metros. Las justificaciones más importantes hablan de un posible triple salto o de la suma lograda en tres intentos.

Competiciones hípicas

Uno y otro corrían con sus troncos igualados: ora el uno, ora el otro, lograban sobresalir con su cabeza de los carros. Las demás vueltas las había dado el infeliz a salvo manteniéndose en pie tanto él como su carro; pero, por último, suelta la rienda izquierda al caballo al doblar éste la meta y choca sin darse cuenta con el borde de la estela. Rompió en dos pedazos el buje del eje y cayó por encima de la baranda del carro, enredándose en las bien cortadas riendas, y mientras cae al suelo, sus potras se desmandan hacia el centro de la pista.

El Discóbolo, *célebre representación de un lanzador de disco esculpida por Mirón, en bronce, siglo v antes de Cristo (copia antigua, Museo Nacional, Roma)*





Pancracistas y árbitro, según una cerámica ática del siglo v a.C. (la copia en plano procede de la obra de E. N. Gardiner, Olympia, *Oxford, 1925)*

Cuando la muchedumbre lo vio caído del carro, lanzó un grito de compasión por el joven, que tales proezas había realizado y tan desdichado fin alcanzaba; a ratos era arrastrado por el suelo, y otras veces se le veía con las piernas en alto, hasta que los conductores, deteniendo a duras penas la carrera de sus caballos, lo desataron tan cubierto de sangre que, al verlo, ninguno de sus amigos hubiera podido reconocer su cuerpo desgraciado. (Sófocles, Electra.)

Las pruebas hípicas, sobre todo la carrera con carros, fueron una de las pasiones de los griegos desde antes, incluso, de la época homérica. Se recordará el pasaje de los juegos organizados por Aquiles para honrar la memoria de Patroclo y el papel importante que la carrera de *cuádrigas* desempeñó en ellos. La técnica de la competición, que ya tenía un giro, aparece plenamente explicada por Homero en el canto XXIII, cuando Néstor aconseja a su hijo Antíloco sobre la estrategia a seguir para optar a la victoria. La carrera lineal, sin giros, primera manifestación de los concursos de carros, estaba superada ya en la época homérica.

Su introducción en las olimpiadas data del año 680 antes de Jesucristo, durante la XXV edición de los Juegos. Las diferentes pruebas se celebraban en el hipódromo, una extensión llana situada entre el estadio y el curso del Alfeo. Las crecidas del río a lo largo de los veinte últimos siglos han terminado con todo vestigio de lo que fue y fueron sus instalaciones. Se puede concretar, sin embargo, que se trataba de una llanura de unos 400 metros de largo por 200 de ancho. La tierra era alisada y apisonada en víspera de la competición, y en los extremos se colocaban dos postes, donde los concursantes daban las vueltas. Cada uno de los giros completos tenía, aproximadamente, unos 800 metros. La distancia a recorrer, según Píndaro, equivalía a doblar doce veces el poste. Si suponemos que se refiere al poste contrario al de la línea de salida, tendríamos una carrera de unos 10 kilómetros. La distancia parece excesiva y los estudiosos del tema han llegado al acuerdo de que el poeta debía referirse al número de veces que los aurigas debían de pasar por los dos postes señalizados. En ese caso, estaríamos ante una carrera de seis vueltas, con una distancia de unos 4.800 metros.

Aunque en las olimpiadas griegas tuvieron cabida numerosas modalidades hípicas (competiciones con dos caballos, con tres, a lomos de un caballo, con caballos de diversas edades, etcétera), ninguna tuvo tanta continuidad como la de cuádrigas, y que fue, con mucho, la prueba olímpica que más interesó a los griegos. Los ingredientes para tal interés fueron numerosos: la emoción, el grave riesgo, la belleza de carros y animales, la velocidad y el prestigio de los propietarios de las respectivas cuadras.

La muerte en el hipódromo debió de ser bastante frecuente, porque todos los aurigas tendrían durante la carrera a tomar la cuerda interior y ganar así unos preciosos metros en las vueltas. Y era precisamente en las vueltas donde se producían los más graves accidentes, donde chocaban los caballos o las ruedas de los carros, se quebra-

ban las lanzas, salían despedidos los aurigas, los troncos de tiro se dispersaban desbocados por el terreno, enredando en el caos a los demás aurigas...

Orestes, ciñéndose a la estela de la meta, le arrimaba demasiado en cada vuelta el cubo de la rueda, mientras soltaba rienda al caballo de tiro de la derecha y sofrenaba al que estaba junto a aquélla. En un principio, todos los carros mantuviéronse en pie, pero después, cuando estaban terminando la sexta vuelta e iban a empezar la séptima, los caballos del eniano, desbocados, echándose hacia un lado, van a chocar de frente contra el carro de Barce. Y a partir de ese momento, y por el mismo accidente, chocaron unos con otros y se destrozaron, quedando cubierto por entero el llano de Crisa de fragmentos de carros. (Sófocles, Electra.)

El vencedor de la contienda, el auriga, tenía derecho a ceñirse una tira de cuero en torno a la cabeza y algunos afortunados conductores fueron inmortalizados por los escultores contemporáneos, como el de Delfos o el que condujo a la victoria los caballos de Cleostenes, como narra Pausanias. Pero el auténtico triunfador era el propietario de los caballos. Sus nombres pasaron a la posterioridad: Cleóstenes de Epídamno, Hieron de Siracusa, Areo de Lacedemonia, Alcibíades, Aquelaos... Muy pocos nombres de aurigas han llegado, sin embargo, hasta nosotros. Entre ellos, curiosamente, está el del corintio Feidolas, que no terminó su carrera, aunque la ganase: Montaba Feidolas sobre la yegua *Aura* —según cuenta Pausanias— y fue derribado mientras iba a la cabeza. El animal continuó corriendo y sólo paró cuando las trompetas proclamaron su victoria. Los eleos proclamaron el triunfo del jinete y consintieron que éste erigiese una estatua a la yegua.

Dioses y héroes en el estadio

Conrado Durántez
Presidente de la Academia Olímpica

SI las manillas del reloj del tiempo dieran un vertiginoso salto atrás de veinte siglos, nos podríamos encontrar, quizá, con la misma coincidencia cronológica que ahora vivimos: el año olímpico.

El cambiante paso de la historia, y sobre todo el proceso acelerador de las últimas décadas, han operado profundas mutaciones en todas las estructuras subsistentes surgidas antaño y, concretamente, los Juegos Olímpicos actuales poseen una dimensión sociológica y una universalidad competitiva de las que en su milenario origen carecieron. Por ello, Olimpia, entre las fantasías del mito, las brumas de la leyenda y los perfilados caracteres de su proceso histórico, surge en el elevado escenario de los grandes acontecimientos humanos con talla señera de primera magnitud.

Cuando el canicular mes del *hecatombeon* (1) está próximo, los pueblos helenos dispersos por la gran cuenca mediterránea sienten en su espíritu la ilusionada inquietud del cuadrienal y litúrgico peregrinaje a Olimpia. Allí, en el pequeño santuario en donde los piadosos eleos han levantado espaciosos y ricos templos a los dioses, hay uno, el de Zeus, el gran dios nacional, que ejerce especial influjo en el alma helena.

En su *cella* (2), y cubriendo en plétora ambiental la gran sala, la *criselefantina* (3) y gigantesca estatua del dios, obra de Fidias, se ofrece al peregrino visitante como un milagro sobrecogedor cuando surge imponente en la oscuridad de la gran estancia ante sus ojos atónitos, todavía deslumbrados por el cegador sol del exterior. El rostro del dios, bondadoso y severo, justiciero y paternal, es remedio a las calamidades del alma, y desdichado se puede sentir el que acabe sus días sin haberlo contemplado.

Pero al margen del puro rito divino, ritos son también los Juegos que los atletas van a disputar en honor a la divinidad. En la misma arena del estadio en la que Heracles Ideo compitiera premiando con olivo al vencedor; en la que Heracles Tebano, el héroe dorio encarnación de las virtudes viriles, acotase midiendo las distancias con sus

pies, o Pélope, el semidiós patrón de los eleos, hijo de Tántalo, diera especial importancia y esplendor al organizar en ella juegos espectaculares como nunca hasta entonces, para celebrar su triunfo en la dramática y cruel competición contra Enomao, el rey pisatio, y obtener, a la vez, la mano de la dulce y bella Hipodamía. La arena, en la que el mismo Zeus compitiera; en la que el divino Apolo derrotara, con la ligereza de sus pies, a Hermes en la carrera y con la fuerza de sus puños y la depurada técnica de su estilo al agresivo y fornido Ares, en arriesgado combate de pugilato.

Un mes antes, como mínimo, de la fecha fijada para el comienzo de los Juegos, los atletas deben haberse concentrado en Elis, capital de Elida, para someterse a las pruebas de selección, clasificación y adecuado entrenamiento e instrucción previos a la gran fiesta. En el día señalado, formando un vistoso y abigarrado cortejo, todos, acompañados de sus entrenadores y precedidos por los *hellanodikai* —jueces supremos de los Juegos—, parten hacia Olimpia, distante trescientos estadios (unos 57 kilómetros), en donde el grupo es impacientemente esperado y recibido con júbilo desbordante.

Mientras tanto, el hasta entonces pacífico y tranquilo valle del Alfeo ha experimentado un radical e insospechado cambio, motivado por la festiva y bullanguera multitud que ha tomado asiento en las zonas del lugar más aptas para una cómoda acampada. La pendiente del boscoso Cronos es lugar preferido, no sólo por el tupido y perfumado cobijo protector de sus pinos, sino también por la panorámica y cómoda perspectiva que del sagrado lugar se tiene desde allí.

La cálida noche en Olimpia es constantemente rota, hasta entrada la madrugada, por cantos, gritos, conversaciones y risas, y el fuego de las hogueras salpica de luces fantasmagóricas la oscuridad. Relinchan los caballos enteros, de pura estampa, destinados a la búsqueda del triunfo en el hipódromo, y mugen las manadas de bueyes que habrán de ser inmolados en el Gran Altar de cenizas del dios olímpico... Y, al fin, en el día señalado, la gran fiesta comienza.

En la mañana del primer día, los atletas ya seleccionados en el campamento de Elis deberán inscribirse en las listas oficiales y definitivas, si no lo hubieran hecho con anterioridad. Se considerarán poseedores de todos los requisitos necesarios exigibles y elegirán al anotarse la prueba o pruebas en que deseen participar. Los más devotos realizarán sacrificios de purificación y ofrendarán en el altar de su deidad tutora un holocausto propiciatorio a su súplica.

El juramento

Entrada ya la mañana, formando un numeroso y recogido cortejo, los *hellanodikai,* árbitros, aurigas, atletas y jinetes, así como los padres, hermanos y entrenadores de los concursantes, se dirigen al *Buleuterion* (4) para la prestación del juramento ritual. La comitiva se concentra en el gran patio cuadrado enmarcado por los edificios absidiales laterales. En el centro se levanta la estatua sobrecogedora de Zeus Horkio o dios del juramento, a cuyos pies hay una plancha de bronce con versos elegíacos destinados a infundir temor a los perjuros.

Relata Pausanias los pormenores del acto. *El Zeus que hay en la Sala del Consejo es de todas las imágenes de Zeus la más apropiada para inspirar espanto a los pecadores. Lleva el sobrenombre de Dios del Juramento y en cada una de sus manos sostiene un rayo. Se tiene la costumbre de que ante esta imagen los atletas, su padres y hermanos, así como también sus entrenadores, hagan juramentos, sobre los pedazos de la carne de un verraco, de que no van a delinquir en nada contra los Juegos Olímpicos. Los atletas hacen también ese otro juramento, a saber: el de que durante diez meses sucesivos han seguido estrictamente las normas del entrenamiento. Los que examinan a los jóvenes o a los potros que intervienen en las carreras, hacen también un juramento de que van a decidir con rectitud y sin dejarse sobornar, y de que van a guardar secreto acerca de lo que averigüen de un candidato, tanto si es aceptado como si no lo es.*

Finalizado el acto, los asistentes, junto con los altos magistrados, se dirigen a las proximidades de la entrada del estadio, para presenciar el concurso de heraldos y trompeteros que abre el festival.

Sobre el sobresaliente escenario que les proporciona la grada de un altar inconsagrado, los aspirantes a heraldos hacen alarde de voz templada y poderosa compitiendo en el alcance de sonoridad de sus modulaciones, intentando llegar con los ecos a la más remota lejanía. Después, serán los trompeteros los que, en contenido resuello, saca-



Tres vistas de Olimpia. Arriba, *la palestra, lugar donde se entrenaban los luchadores.* Centro: *el camino hacia el estadio; al fondo, el arco que se abría bajo las hoy inexistentes tribunas.* Abajo: *el estadio*





rán sones al instrumento, que vagando por el lecho del Alfeo, se estrellen contra la mole tétrica y distante del monte Tipeo. Algún privilegiado, como el megarense Herodoros, podía tocar simultáneamente dos trompas y, pese a su escasa altura, sus pulmones de gigante le entregarían diez veces, en Olimpia, la corona de olivo.

El día de los jóvenes

Antes de que el sol haya comenzado a disipar las tinieblas de la noche, en las rampas del estadio de Olimpia hay animación. Comienzan las pruebas del segundo día. El graderío no tiene zona reservada y los mejores puestos de observación son para los esforzados madrugadores. La habilidad del día griego coincide con la duración de la luz solar, por ello, cuando los primeros rayos del gran astro se anuncian, silueteando las cimas de las montañas de Arcadia, entran en el estadio los *hellanodikai,* formando un vistoso cortejo. Precedidos por el más anciano, con paso lento y majestuoso, los jueces supremos de los concursos se dirigen hacia la rampa sur para tomar asiento en su tribuna oficial. Enfrente de ellos, la sacerdotisa de la diosa Demeter ha ocupado ya su privilegiada plaza en el altar. Suenan las trompetas forzando una pausa de silencio para la voz del heraldo.

Sobre la multitud silenciosa del estadio, y entre los edificios del sagrado lugar, se oyen los ecos estentóreos de la proclama oficial. *Domine ahora el agón soberano de los brillantes concursos y el Kairos* (dios del momento propicio) *os invita a no demoraros más. Escuchad nuestra llamada, id y enfrentaros con el adversario para la decisión. ¡Zeus vigilará la meta y la victoria!* El segundo día es el del verdadero comienzo del gran festejo, hallándose reservado para los concursos de jóvenes. La expectación es grande entre la multitudinaria concurrencia, ansiosa de ver rivalizar en dura liza a lo más granado de la juventud de sus ciudades. Midiendo la ligereza de sus piernas en la carrera de velocidad, el poder y la contundencia de sus brazos y puños en la lucha, el pugilato o el pancracio, e incluso el equilibrio de su compleja preparación agonística en el dificultoso e intrincado concurso del pentatlón, los jóvenes compiten durante el día, ansiosos por la gloria, aun cuando los abrasadores rayos del sol hayan comenzado ya a torturarles, empapando en abundante sudor sus cuerpos de estatua. Quizá, desde la otra orilla del Alfeo, las madres de los jóvenes campeones puedan oír, en multitudinaria lejanía, el clamoroso estruendo con que jubilosamente se corona a la dichosa gloria obtenida en el triunfo.

El alba del tercer día contemplaba vacío el estadio y atestado el hipódromo. El gentío, apercibido de que se aproximaba ya al corazón de la gran fies-



Escena con antorcha olímpica (pélique del siglo v antes de Cristo). Fin de un combate de boxeo (ánfora del siglo v antes de Cristo)

ta, se aprestaba a disfrutarla al máximo. Ascendiendo desde la rampa sur del estadio, los más afortunados espectadores habían tomado plaza en la cima del talud, desde donde la vasta y blanquecina superficie del hipódromo se ofrece en perfecta panorámica. En este día, los espectadores son conscientes de asistir a un espectáculo agónico en el que la puja de los contendientes tiene un múltiple choque de ambición, no exento en sus desenlaces de un posible dramatismo.

La gloria del hipódromo

Conocen los jinetes la necesidad de dosificar el esfuerzo de sus monturas, para mantener un buen puesto en la carrera y llegar con reservado brío a la vuelta final; pero más conscientes son de su arriesgado y difícil oficio los aurigas, sabedores del peligro que entraña la dirección y el manejo adecuado de la briosa y explosiva pujanza del tronco caballar, poderoso y enloquecido motor del pequeño carro ingrávido y veloz. Ante los altares de los dioses hípicos han pedido a su numen propicio que en los álgidos trances del certamen mantengan inalterables las difíciles cualidades de su arriesgado arte.

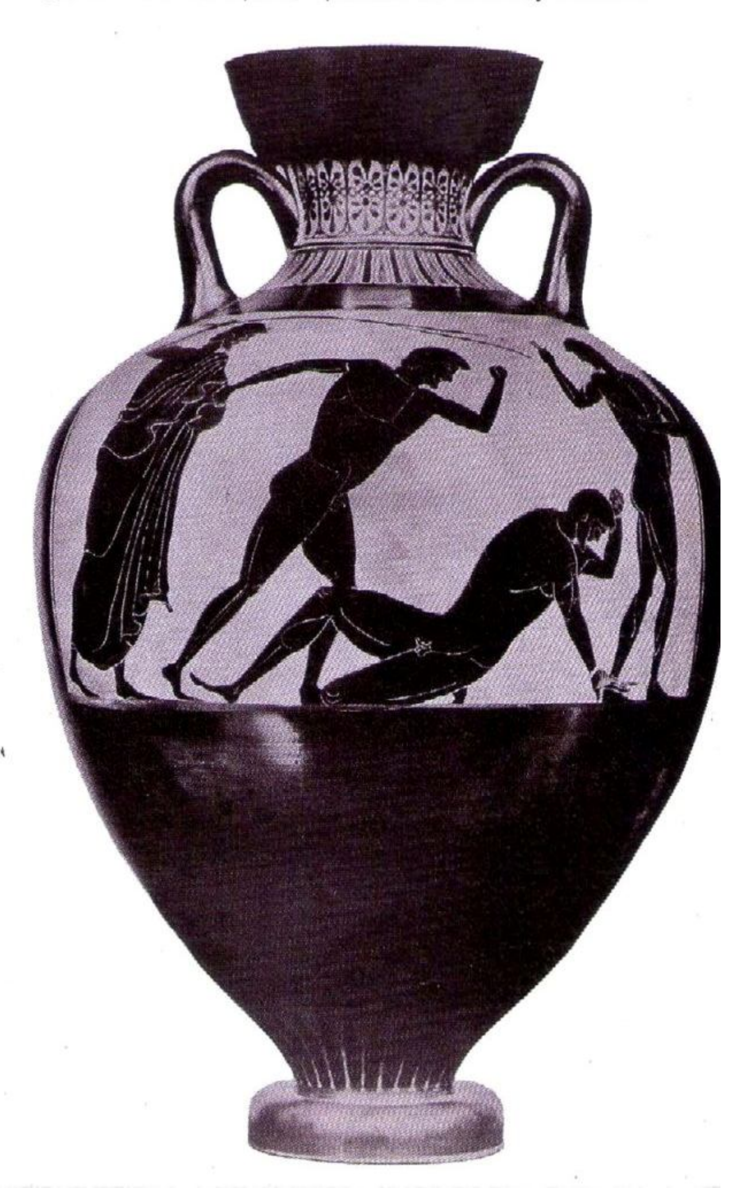
A esta dimensión humana de las competiciones ecuestres, una pugna sorda y velada bulle en los espectaculares lances del certamen. La emulación del poder y la riqueza de la acaudalada sociedad helena está presente de forma retadora en la bella estampa de los alados corceles y en el artístico acabado de los veloces carros para la competición, rematados en oro. El polvo arrancado de la inconsistente pista, el brillo de los lujosos aparejos, los cortados y poderosos gritos de los aurigas y el sonoro retumbar de los cascos de las nobles y excitadas bestias, atraen la absorta atención de los espectadores, mientras que sobre la cima del lúgubre y temido Taraxipo se presagia con temible advertencia la fría y amenazadora sombra de la muerte.

Los éxitos espectaculares del hipódromo son celebrados en consonancia con la gloria por ellos obtenida, reflejo de la fortuna del jubilosos propietario de los animales, que es así, sin riesgo personal ninguno, declarado vencedor. Por ello, cuando Alcibíades copa los puestos de honor en las carreras de cuadrigas de la 92 Olimpíada (año 412 a.C.), invita a un suntuoso banquete a todos los asistentes a los Juegos. En esa magna fiesta, solidarizándose con su gloria inenarrable, cooperan diversos estados griegos, como Lesbos —que aporta para el multitudinario banquete, vino y viandas—; Quío y Efeso que, como tributo de admiración, entregan al célebre ateniense una riquísima tienda bordada en oro.

Eurípides sublima en su canto la jubilosa hazaña inalcanzable:

A ti te cantaré; oh, hijo de Clinias; bellísima
[cosa es la victoria,
pero más bello es lo que ninguno de los
[griegos
alcanzó jamás, ganar con el carro el
[primero, segundo y tercer premio
y marchar coronado de olivo dos veces sin
[trabajo alguno,
proclamado vencedor por el heraldo.

Cuando el calor del comienzo de la tarde agosta los campos, quema la tierra y excita



a las cigarras en su canto hasta el paroxismo, los espectadores ya han tomado plaza de observación en el estadio. El pentatlon va a comenzar. Los atletas inscritos en el concurso, polifacéticos, superdotados del agón, forman un grupo esperando el comienzo de las múltiples eliminatorias del variado y complejo certamen. Altos, fibrosos, bien proporcionados, mediano el peso, armoniosa y equilibrada la masa muscular, piernas largas y elásticas, manos huesudas y grandes, con dedos finos, de tendones de acero, torso elástico y flexible, que facilita el movimiento, manejo e impulso del escurridizo y pesado disco o el asta de la jabalina fugazmente sujeta por la enrollada correa proyectora, los pentatletas esperan el comienzo del lance deportivo cuya nota cualificadora es la del largo y supremo esfuerzo. El vencedor será el rey de los vencedores, pues será también, como consecuencia, el mejor dotado entre los más completos.

El rey de los vencedores

La tarde huye hacia la noche, y en la perfumada calma del gran valle se presiente el inmediato cambio del ciclo lunar. Los arcaicos dioses agrarios, reyes de la noche y de las tinieblas, señores de la muerte, númenes propicios de la fertilidad, recaban su puesto en los honores. Es el día de los ritos funerarios. La ceremonia ancestral del agonismo saludará al dilatado y plateado disco de la luna cuando, inundando de blanca luz el valle, trasponga en lento ascenso las montañas. Los sacerdotes eleos conducen la víctima para el sacrificio: un morueco de enroscada cuerna y vellón negro como la noche misma, símbolo de la tétrica tonalidad con que se concibe la muerte, y llegan hasta la tumba del héroe local, Pélope, venerado en Olimpia con primordial anteposición a todos los demás.

La sangre que mana del degüello es vertida en el agujero de la tumba, en donde se supone que reposa el agasajado y terrible espíritu del héroe. Pero nadie comerá de la carne de la víctima inmolada, que será quemada hasta convertirla en cenizas en una pira de álamo blanco, puesto que el venerado semidiós, a la inversa de los dioses inmortales, se halla separado del mundo de los vivos por una impenetrable barrera de eternidad y de muerte. Por eso, en su memoria se vierte la sangre en la tierra y se eleva a las alturas el humo que nutre y aplaca su espíritu violento.

Píndaro salmodia en descriptivo recuerdo la importancia del rito milenario:

Y hoy acude a las fiestas
en que la sangre fluye de las víctimas;
a orillas del Alfeo se encuentra su morada:
los huéspedes que pasan por el altar
más santo
desfilan por su tumba.
Y el renombre de Pélope doquier
brillará en las arenas de Olimpia, en
las contiendas donde luchan los pies
[rápidos
y la paciente osadía de la fuerza.
El vencedor el resto de sus días tendrá
una dicha con sabor de mieles.

La masa humana que pernocta en Olimpia da en el cuarto día de la fiesta un madrugón especial. No se hallan programadas en él ningún tipo de agón o concurso espectacular, pero esa fecha, que el plenilunio ha especialmente señalado, es la culminación olímpica, la más importante fiesta nacional. Zeus, dios de la raza, señor del Santuario, patrón de los bellos y rituarios agones, va a ser honrado de forma muy especial en toda la jornada. Su gran altar ya ha sido debidamente recompuesto y reparado con la sagrada argamasa hecha con las cenizas consagradas del Pritaneo y el agua del Alfeo, el más querido para el dios de todos los ríos. Ya de víspera, próximo al gran promontorio que forman el cúmulo de restos de antiguas ofrendas carbonizadas, el *xyleus* ha acumulado gran cantidad de madera de álamo blanco con que formar el entrecruzado andamiaje de la gran pira sacrifical.

Desde muy temprano, los esclavos se mueven por centenares ultimando detalles, laborando en febril actividad para que cuando el gran momento llegue, todo esté a punto.

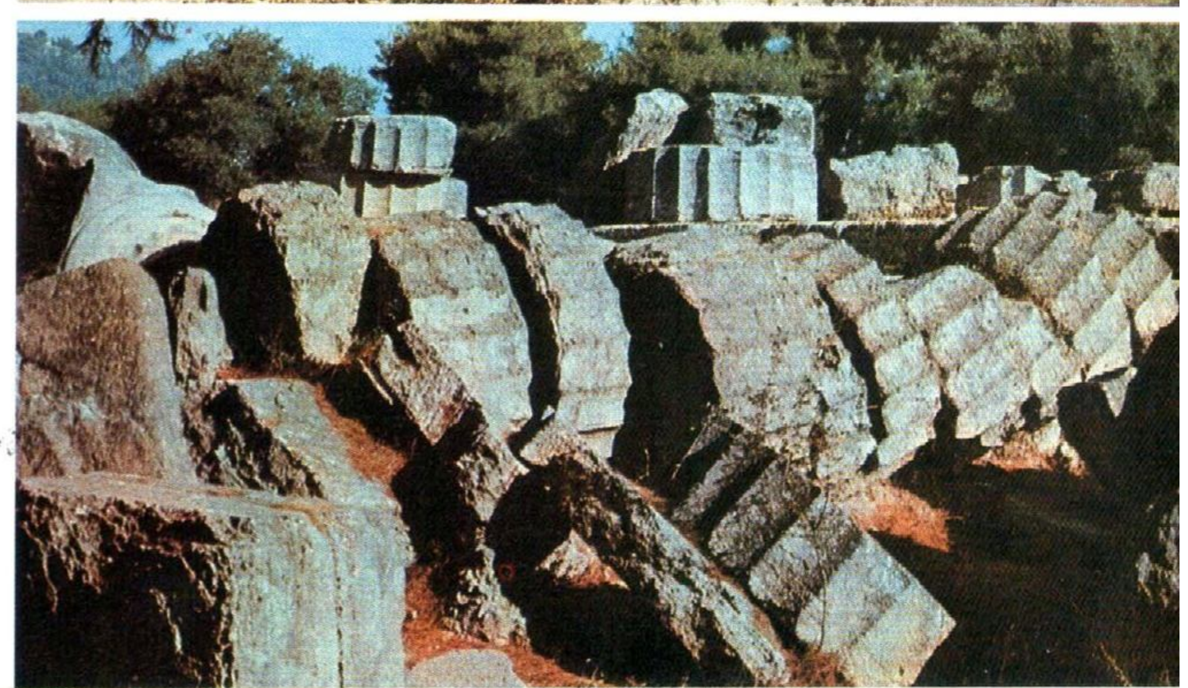
Preparan las ricas vestiduras de los grandes dignatarios, sus sandalias de oro, los preciosos exvotos, las hidrias y las ánforas incrustadas en metales preciosos, las panoplias cubiertas de plata, los cascos y las espadas lisas y cortas, y adornan los espléndidos bueyes destinados al sacrificio, pintando de oro sus cuernas puntiagudas, engalanando con guirnaldas de flores los anchos cuellos, poderosos y cortos.

A la hora señalada se forma el suntuoso y multitudinario cortejo. Partiendo desde el Pri-



Arriba: *ángulo nordeste del templo de Hera, en Olimpia, erigido hacia el año 600 antes de Cristo.* Centro: *acceso al templo de Zeus, en Olimpia, por la fachada este.* Abajo: *tambores de columnas del mismo templo en su lado sur (el templo de Zeus, obra de Libon, fue levantado hacia el 460 antes de Cristo)*





taneo o el Gimnasio, la gran comitiva recorre el muro occidental del Altis hacia el sur, entrando por la puerta vieja al bosque sagrado, para finalizar ante la fachada oriental del gran templo. Los primeros rayos del sol arrancan destellos multicolores al triunfal y espectacular cortejo. Marchan en cabeza los altos magistrados eleos con los atributos e insignias propios de sus cargos, los sacerdotes con los ropajes de ritual, los *hellanodikai* de túnicas purpúreas, ceñidas las sienes con coronas de laurel, los dignatarios extranjeros portando artísticas y ricas ofrendas, los jefes de las delegaciones oficiales acompañados de sus séquitos vestidos de gala, los atletas, acompañados por sus padres y hermanos, los árbitros de las pruebas, los policías, los funcionarios subalternos, los heraldos y, al final, la incalculable muchedumbre de peregrinos, viajeros y curiosos. La hecatombe comienza y el sacrificio de los cien bueyes se extiende durante largas horas de solemne ritual. Las patas de las bestias van siendo calcinadas en la cima de la pira y las espesas nubes de humo que ascienden a las alturas llevan al gran dios, padre de dioses y hombres, el emocionado y rendido tributo de sus incondicionales fieles. El sol parece brillar más que nunca y la alegría desbordante reina por doquier. No en vano se celebra el día más solemne para toda Grecia.

Diadumeno: *representa a un atleta que se ciñe la cinta de los vencedores (estatua en mármol. Museo Nacional de Atenas)*

Por la noche, programado dentro del ritual, un suntuoso banquete es ofrecido en el Pritaneo a todos los participantes.

El penúltimo día de la fiesta es una apretujada jornada de estadio que raya en la angustia. Los hombres adultos, corredores de velocidad o especialistas en la resistencia; luchadores fríos e inteligentes, poderosos y astutos, los fornidos pugilistas, símbolos de la agresión, de la acometividad y de la violencia, o los especialistas del despiadado y brutal pancracio, van a competir hasta el límite de sus fuerzas, si preciso fuera, despreciando la vida, para conseguir la corona del triunfo. Los esforzados hoplitodromos, cargando la pesada indumentaria bélica, harán desprecio a la fatiga sobre la movediza arena de la pista, cerrando con su esfuerzo supremo la inolvidable jornada de concursos. Los espectadores, en el fin de la jornada, han llegado también al límite de sus fuerzas y de las posibilidades de sus gargantas, por haber gritado hasta enronquecer...

«Cese el agón»

Píndaro parece rememorar, en su *Oda a Hierón,* una de las innumerables jornadas correspondiente a un quinto día de los Juegos:

Lo mejor de todo es el agua, y el
oro, esplendoroso fuego que se
enciende en la noche y borra los tesoros

de la riqueza infatuada;
sin cantar los Juegos
quieres, corazón mío, amigo,
no verás fuera del Sol
otro astro que más luzca por el día
en el desierto espacio
ni celebrar podremos competición
más bella que la olímpica.

Finalizada la carrera hoplita, el heraldo proclama la ceremonial y lacónica frase de clausura: *Cese el agón, motivo de los premios.* A continuación, el clarín entonaba los bélicos sones del enialios, para dar a entender que las contiendas pacíficas han terminado y que el fiero y despiadado Ares, dios de las batallas, vuelve a tener en sus manos los ocultos y misteriosos hilos que mueven las guerras. Por ello, los asistentes deben de aprovechar el espacio de la bienhechora *ekecheiría* para volver con seguridad a sus hogares.

Al día siguiente, por la mañana, Nike, la diosa alada de la victoria, parece observar desde su alto pedestal al grupo de vencedores que, ante la gran fachada del templo de Zeus, aguardan en emocionada espera la coronación ritual con la simbólica guirnalda hecha de las ramas del sagrado olivo *kallistephanos.*

A partir de ese momento sus nombres, y también para muchos sus efigies, quedarán guardados para recuerdo de la posteridad a través de las listas de la gloria y las estatuas votivas. A continuación, durante la misma mañana, se celebran sacrificios de acción de gracias en los diversos altares del Santuario y por la noche, en el Pritaneo (5), los vencedores, árbitros y personajes oficiales, se reúnen en un suntuoso y protocolario banquete de clausura y despedida.

NOTAS

(1) *Hecatombeon:* Mes de las hecatombes (sacrificio de cien bueyes), equivalente al actual mes de julio.
(2) *Cella:* Parte del templo griego, generalmente cerrada, en la que estaba situada la estatua del dios.
(3) *Criselefantina:* Estatua realizada con oro y marfil.
(4) *Buleuterion:* Edificio donde se reunía la Bulê (El Consejo), uno de los órganos de gobierno de la Polis.
(5) *Pritaneo:* lugar donde se reunían los pritanes o comisión de presidentes de la Bulê.



Relieve votivo que representa a un joven vencedor ciñéndose la corona: ésta ha desaparecido, pudiéndose observar los agujeros en que estaba encastrada (siglo V antes de Cristo, Museo Nacional de Atenas)

Olimpia, palestra literaria

Ignacio Rodríguez Alfageme
Catedrático de Lingüística Griega. Universidad Complutense. Madrid.

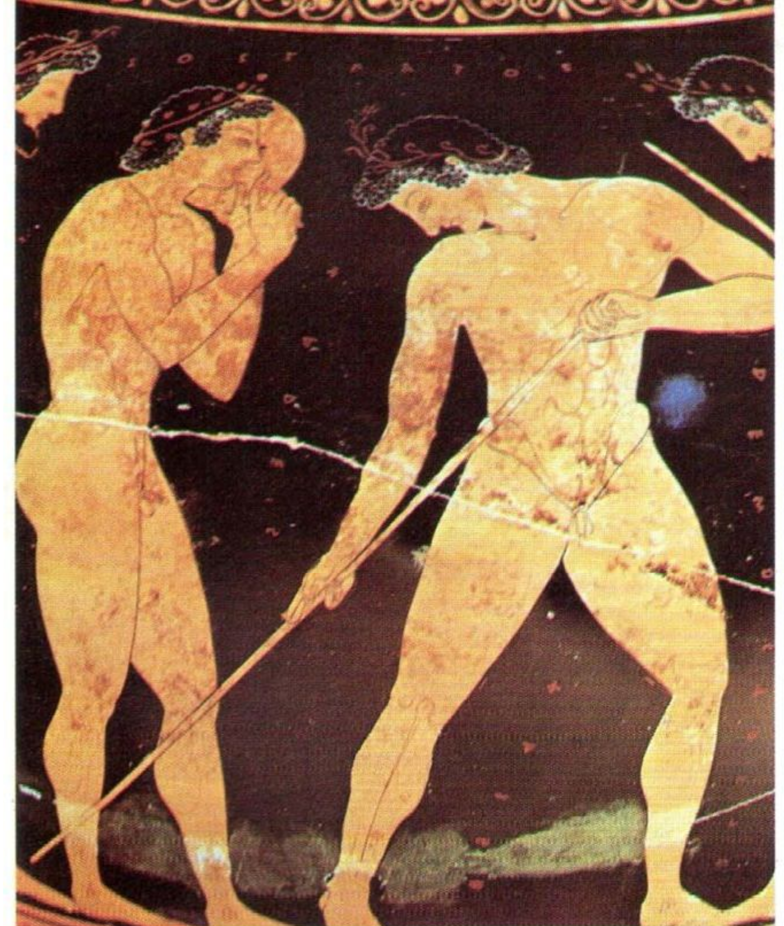
CADA cuatro años, en pleno verano, los heraldos olímpicos recorrían todas las ciudades griegas proclamando la tregua sagrada y anunciando el día exacto en que comenzaban los juegos, de acuerdo con los distintos calendarios. Todas las *poleis* designaban a los ciudadanos que habrían de representarlas oficialmente en los juegos y un buen número de particulares, después de la siega y una vez recogido el grano, se encaminaban en romería al santuario de Olimpia, en el Peloponeso Occidental. Los romeros, procedentes de todos los lugares de Grecia y sus colonias, plantaban sus tiendas cerca del Altis, a orillas de los dos ríos que circundan el santuario, o bien dormían al aire libre intentando escapar del calor agobiante del verano mediterráneo.

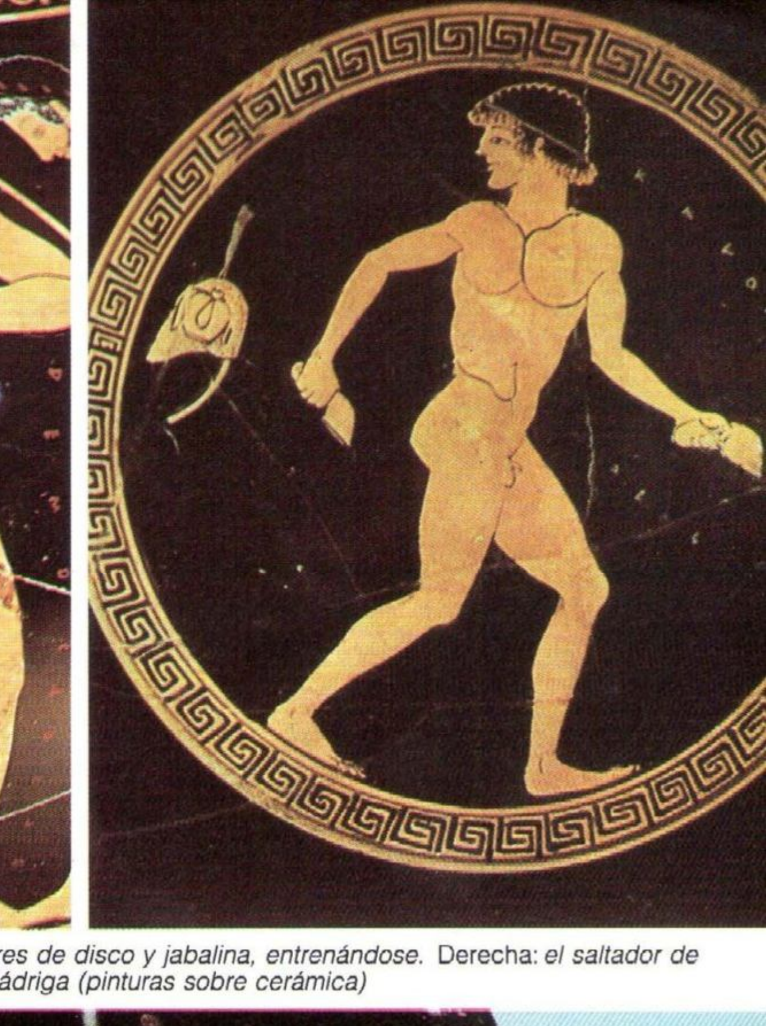
La razón por la que se reunía toda esta multitud era la celebración de la Olimpíada, que constituía una de las cuatro fiestas nacionales griegas, junto con los juegos celebrados en el Istmo de Corinto, en Nemea y en Delfos. Entre ellas, el festejo olímpico era, indudablemente, el que ostentaba la primacía, debido a múltiples causas: su larga tradición (la primera Olimpíada de que se guarda memoria se celebró en el año 776 antes de Cristo), el hecho de que se celebraran bajo la advocación de Zeus, el dios supremo del Panteón griego, que fuera Heracles, el héroe nacional griego, su fundador según una leyenda, y que se celebraran en honor de Pélope, el héroe que dio su nombre al Peloponeso. Pero hay algo más, la afluencia de los griegos a las Olimpíadas y a los demás certámenes atléticos tiene raíces en la religión. En efecto, la participación de todas las ciudades griegas a título oficial en las ofrendas y sacrificios de los juegos, al igual que la de los particulares, ejercía la función de vínculo sagrado que integraba a los griegos en la estructura social más amplia de todas cuantas existían en Grecia. Del mismo modo que el individuo se integraba en la familia, el clan *(genos)* y la *polis* a través de su participación en los sacrificios y ritos propios de estas instituciones, los juegos panhelénicos adquirieron su importancia al convertirse en manifestación de pertenencia a la nación griega. De esta forma, lo mismo que Heródoto define como Jonios a las comunidades que celebraban las *fiestas Apaturias* (1), se podría definir como griegos a todos aquellos que celebraban las Olimpíadas.

Una manifestación cultural

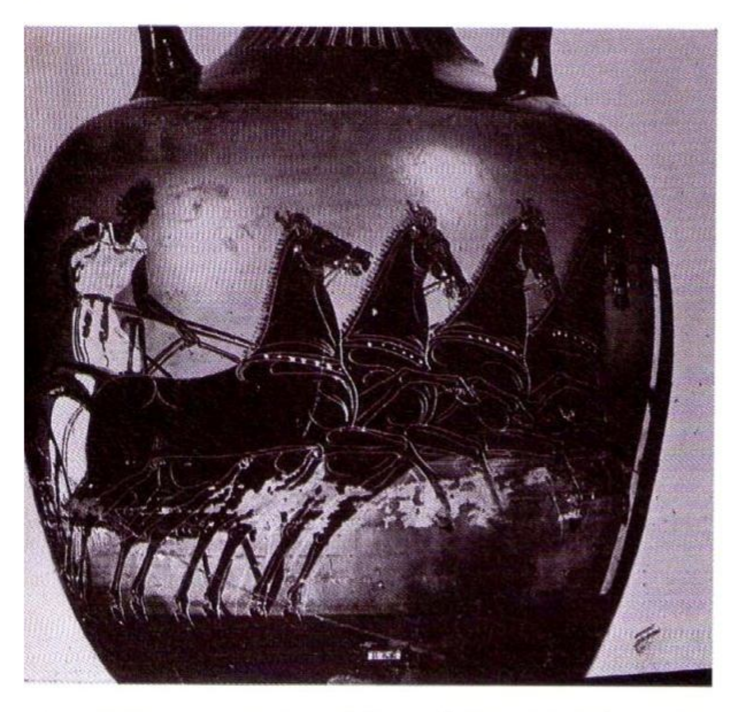
Estas consideraciones nos dan idea de la importancia de los juegos Olímpicos en la Grecia clásica y en época helenística y romana, es decir, durante todo el tiempo en que se mantuvieron los ideales de la cultura griega. Incluso en esta última época los emperadores y personajes que se sintieron atraídos por la cultura griega, como Tiberio, Germánico y Nerón, participaron en los concursos Olímpicos. No obstante, desde época clásica los juegos Olímpicos habían comenzado a perder su significación religiosa: ya no se entendía el valor religioso del certamen y la coronación con la rama del olivo sagrado, cortada con una hoz de oro por un muchacho cuyos dos padres estuvieran vivos, preservaba un simbolismo que había dejado de ser inmediato. Además, la aristocracia de época arcaica, que proporcionaba los participantes en los juegos, había visto desaparecer la primacía de sus ideales culturales: la *areté* (2) ya no se ejercitaba ni se poseía de nacimiento, sino que se había interiorizado, convirtiéndose en un valor moral. A pesar de ello, los juegos Olímpicos continuaron siendo, en época postclásica y tardía, la manifestación principal de la unidad helénica y por dicha causa perduraron cuando ya la religión, al desaparecer la ciudad-estado *(polis)*, pasó de ser un medio de integración en la sociedad a cumplir primordialmente una función personal: relacionar al individuo con la divinidad. Aun así la antigua función no desapareció, sino que se hizo más patente y, por lo mismo, más consciente y menos religiosa, según lo demuestra la divinización de los monarcas helenísticos y los emperadores romanos.

Esta breve introducción nos va a permitir entender mejor las relaciones que mantuvieron la poesía y literatura con las Olimpíadas.

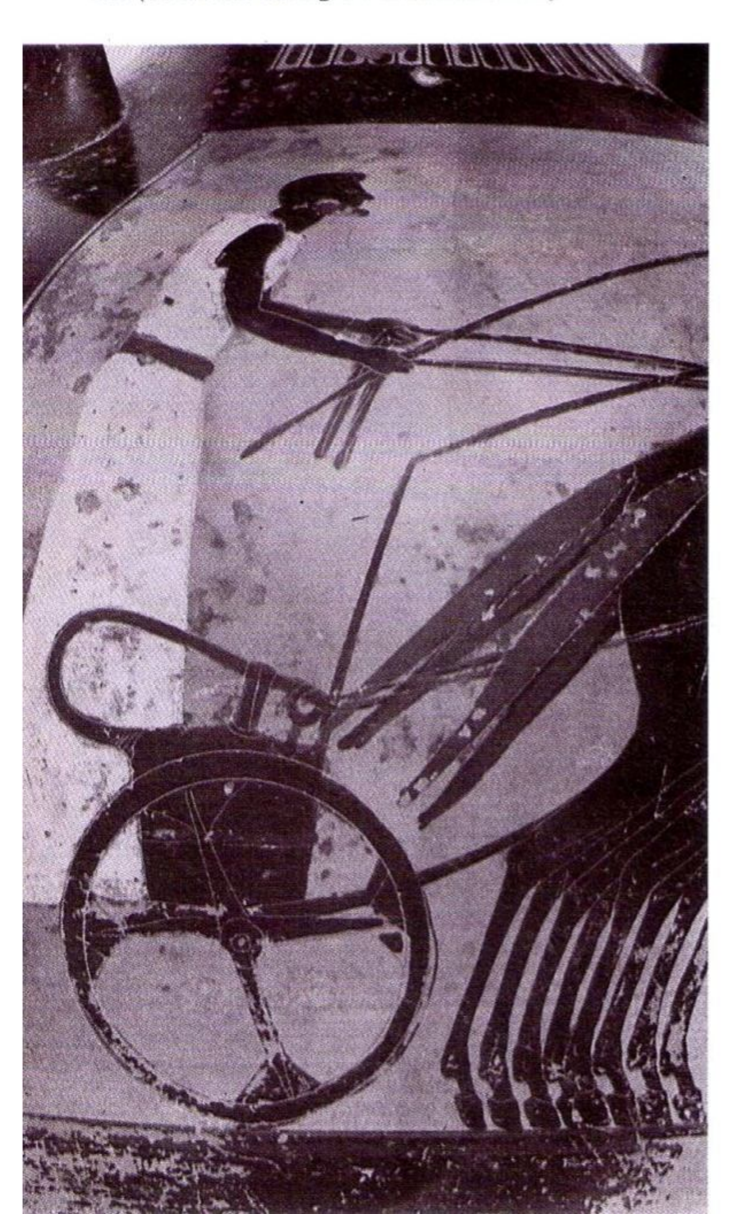




Tres escenas olímpicas: arriba, izquierda, *lanzadores de disco y jabalina, entrenándose.* Derecha: *el saltador de alteras prepara su actuación.* Abajo: *auriga con cuádriga (pinturas sobre cerámica)*



Arriba, *carrera de cuádrigas (ánfora del siglo IV antes de Cristo).* Abajo: *representación de un auriga vencedor (cerámica del siglo V antes de Cristo)*



El mismo hecho de que existieran relaciones entre un certamen atlético y la literatura, hasta el punto de dar lugar a uno de los géneros poéticos más elevados que produjo Grecia, sólo se puede entender si se tiene presente, por un lado, el carácter de festividad religiosa de los certámenes atléticos y, por otro, el carácter oral de toda la literatura clásica y las implicaciones que comporta este hecho. El poeta y el escritor sólo tenían a su alcance un medio rápido para dar a conocer su obra: la lectura pública. Este hecho hace que los escritores de profesión sean viajeros, y así el peregrinaje forma parte del modelo ideal del poeta épico y constituye un rasgo del que participaron ciertos filósofos, según refleja Parménides (3).

A no dudar —no faltan fuentes para afirmarlo—, estos profesionales de las letras recorrían las ciudades griegas procurando coincidir con las fiestas principales de cada una de ellas (4) con intención de conseguir mayor audiencia. Y, claro está, las fiestas panhelénicas como las Olimpíadas les proporcionaban una ocasión inmejorable para darse a conocer de una vez por todas entre griegos de las más diversas procedencias y hacerse propaganda para sus futuros viajes. Así, un personaje de ciertas veleidades literarias como Dionisio I de Siracusa no dudó en contratar a algunos rapsodos que recitaran sus poemas en las Olimpíadas de 388 antes de Cristo, aunque más que gloria y fama lo que consiguió con ello fue caer en ridículo, según nos cuenta Diodoro de Sicilia. Que este modo de proceder por parte de los rapsodos no era ocasional lo demuestra la noticia transmitida por Ateneo de que un rapsodo llamado Cleómenes recitó en las Olimpíadas *Las purificaciones* de Empédocles.

Tribuna para filósofos

Así, pues, rapsodos, poetas y filósofos concurrían a Olimpia desde época arcaica para dar a conocer sus habilidades, y esta costumbre fue heredada más tarde por los sofistas, verdaderos maestros itinerantes. Entre ellos Hipias, al decir de Platón, tenía la costumbre de desplazarse a todas las Olimpíadas para pronunciar sus demostraciones o conferencias en el mismo santuario; y es sintomático que el sofista se sienta, en el retrato de Platón, como un participante en los juegos, es más, según dice el mismo

Hipias, no encontró en Olimpia ningún hombre capaz de vencerle. Sin duda alguna la afirmación de Luciano de que fue Heródoto quien mostró el camino de Olimpia a sofistas como Hipias, Pródico y Polo no significa que Heródoto fuera el primer literato en aprovechar la ocasión que proporcionaban las Olimpíadas para dar a conocer sus obras. La novedad de la obra de Heródoto reside en otro punto: frente a la épica que hace perdurar la gloria de los héroes, las historias de Heródoto buscan glorificar las hazañas de Griegos frente a Persas y, como dice Luciano, son un himno que celebra la victoria helénica. Poco importa la historicidad anecdótica de si Heródoto estuvo o no presente en las Olimpíadas, su obra se convirtió en la celebración del triunfo de los griegos y, por tanto, en patrimonio común de todos ellos. En este sentido, las historias de Heródoto son panhelénicas, lo mismo que las Olimpíadas, y no estaban fuera de lugar en el certamen de mayor importancia nacional.

La comunidad panhelénica de los juegos explica la existencia de un género de oratoria, propio de las Olimpíadas y de los demás juegos griegos, cuyo tema central es la exhortación a la unidad.

El sofista Gorgias compuso un discurso olímpico, del que conservamos algunos fragmentos. Más tarde, en 388 antes de Cristo, Lisias pronunciò su *Olímpico,* cuyo comienzo conservamos: en dicho fragmento queda claro que la intención de este género de discursos era hacer un llamamiento en favor de la libertad de Grecia y sus ciudades mediante la unidad de todas. Lisias, siguiendo quizá —si es cierta la anécdota que nos transmite Plutarco—, el ejemplo de Temístocles contra Hierón de Siracusa, actuó en esta ocasión en calidad de agitador contra Dionisio I de Siracusa, que había enviado una embajada a Olimpia, y logró que la multitud saqueara su tienda. Dos Olimpíadas más tarde (380 antes de Cristo), acabó Isócrates, discípulo de Gorgias, su *Panegírico* (5), en el que se mezcla la llamada a la unidad contra el bárbaro con la alabanza de Atenas, hasta tal punto que esta obra ha podido ser interpretada como un discurso de propaganda en favor de la segunda liga marítima ateniense.

Ya hemos mencionado la crisis de la moral agonal que se produce en época clásica como resultado de la interiorización de la *areté.* Las consecuencias de esta crisis se dejaron notar pronto en los juegos Olímpicos: en primer lugar, los jóvenes aristócratas dejaron de estar interesados por competir y surge la figura del atleta profesional y, en segundo lugar, se pone en cuestión los méritos del atleta para alcanzar fama y gloria. No es extraño que el primero en poner de manifiesto esta cuestión fuera Jenófanes de Colofón (siglo VI antes de Cristo), quien sacó a relucir los puntos débiles de la religión tradicional: el hombre, para Jenófanes,


Reconstrucción de la Niké *de Peonio de Mende, escultura del siglo V antes de Cristo, del templo de Zeus, en Olimpia. Los restos de la obra original se hallan en el Museo de Olimpia*

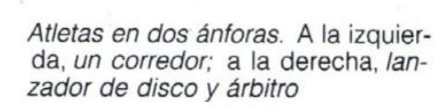
se mide por su sabiduría y capacidad moral, la *areté* ha dejado de ser hereditaria. Una postura semejante a la de Jenófanes adoptaron Eurípides en su *Autólico* e Isócrates en el *Panegírico.*

La actitud que este modo de considerar el deporte pone de manifiesto, perduró a lo largo de toda la Antigüedad, dando lugar a una abundante literatura satírica. Entre ésta podemos resaltar la parodia de las competicio-

nes que Luciano sitúa en los infiernos y las críticas contenidas en su *Anacarsis* y en algunos discursos de Dión de Prusa, así como en numerosos epigramas recogidos en la *Antología Palatina*. Estas obras constituyeron el reverso de la medalla de aquella literatura que muestra claramente el interés que rodeaba a los atletas en la Antigüedad tardía, como puede ser la obra de Filóstrato *Sobre gimnástica*.

Pero toda esta literatura tiene poco que ver con Olimpia y, en el mejor de los casos, su relación con las Olimpíadas es ocasional. Existe, sin embargo, todo un género de poesía cuya conexión con los certámenes atléticos es mucho más profunda: el epinicio. Una vez empezados los juegos, después de cada prueba, tenía lugar la proclamación del vencedor, se le entregaba quizá una palma y aquella misma tarde, acompañado de sus padres y amigos, celebraba un cortejo *(kômos)* triunfal en el que se entonaba el himno a Heracles de Arquíloco. Más tarde, probablemente el último día de los juegos, tenía lugar el cortejo solemne y eran coronados los atletas, que se encaminaban después al templo de Zeus en el Altis para consagrar sus coronas y sus palmas. Durante esta ceremonia, igualmente, se entonaban himnos triunfales. Y, en fin, al regreso del atleta a su patria, consagrado ya en la gloria de su victoria, era recibido en triunfo por sus conciudadanos, tributándosele honores de prohombre (en Atenas, por ejemplo, se le reservaba el máximo honor público: su mantenimiento en el Pritaneo a cuenta del Estado). Cuando llegaba el momento, celebraba el vencedor sacrificios en acción de gracias y un *kômos* triunfal en el que un coro de jóvenes cantaba y bailaba himnos acompañados de lira o de flauta, o de ambos instrumentos a la vez. En cualquiera de estas tres ceremonias el himno podía haber sido encargado para la ocasión a un poeta, y era éste para el vencedor, su patria y su familia la consagración de la gloria alcanzada.

El núcleo de estos himnos egipcios estaba formado por un mito cuya relación con el vencedor es a veces demasiado superficial para el lector moderno. No obstante, su función es clara: el mito ejemplifica un tipo de comportamiento noble y manifiesta los valores y virtudes de la aristolas competiciones deportivas. El tono de estos himnos podía variar desde las bromas festivas de algunos fragmentos de Simónides, pasando por el discreto encanto de las odas de Baquilides, hasta la solemnidad teológica e incluso escatológica de algunas Odas de Píndaro, como por ejemplo, la segunda Olímpica dedicada a Terón de Agrigento, en la que se exponen creencias órfico-pitagóricas sobre la vida ultra-



Atletas en dos ánforas. A la izquierda, *un corredor;* a la derecha, *lanzador de disco y árbitro*

terrena. Ahora bien, un tipo de poesía, como ésta, unido por esencia a los valores de una clase que en esta época estaba ya en decadencia, tiende a anquilosarse y a desaparecer. Así podemos decir que el epinicio murió con Píndaro y Baquílides, aunque no nos falte alguna composición de época posterior, como la oda que, atribuida a Eurípides, celebra la victoria que Alcibíades consiguió en la Olimpíada de 416 antes de Cristo.

El género, como tal, desapareció en época clásica y únicamente en plena época helenística el poeta Calímaco (siglo III antes de Cristo), intentó resucitarlo. Pero el metro en que compuso sus epinicios —*dístico elegíaco*— (6) indica claramente que la oda ya no era interpretada por un coro y probablemente ni siquiera cantada. Por otra parte, a pesar de que el epinicio forma parte en cierta medida del ritual de los juegos, hay que notar aquí que ni poetas ni escritores competían con sus obras en el certamen.

Cuando Platón pone en boca de Hipias la afirmación de que nadie le venció en los juegos Olímpicos, está hablando en sentido metafórico y, ante todo, lo que pretende es caracterizar la competitividad de los sofistas. En realidad los certámenes literarios no eran propios de las Olimpíadas, a diferencia de las fiestas atenienses. Unicamente en la Olimpíada 211 (67 después de Cristo), se introdujo un concurso literario por deseo del emperador Nerón, que quiso participar en ellos como poeta y dramaturgo; después de esta fecha no se volvió a celebrar otro concurso literario en Olimpia.

NOTAS

(1) Fiestas Apaturias: fiestas anuales cuyo objeto era presentar a los recién nacidos dentro de la fratría o grupo gentilicio.

(2) Areté: equivalente a la *virtus* romana, significa la excelencia masculina, conjunto de todas las cualidades que hacen superior al varón.

(3) Tenemos noticias de que pasaron por Olimpia filósofos presocráticos como Ferécides, Empédocles, Parón, Ico, Arquitas, Anaxágoras, Gorgias, Hipias y Enópides, y la lista se podría alargar abundantemente si incluyéramos filósofos de época helenística.

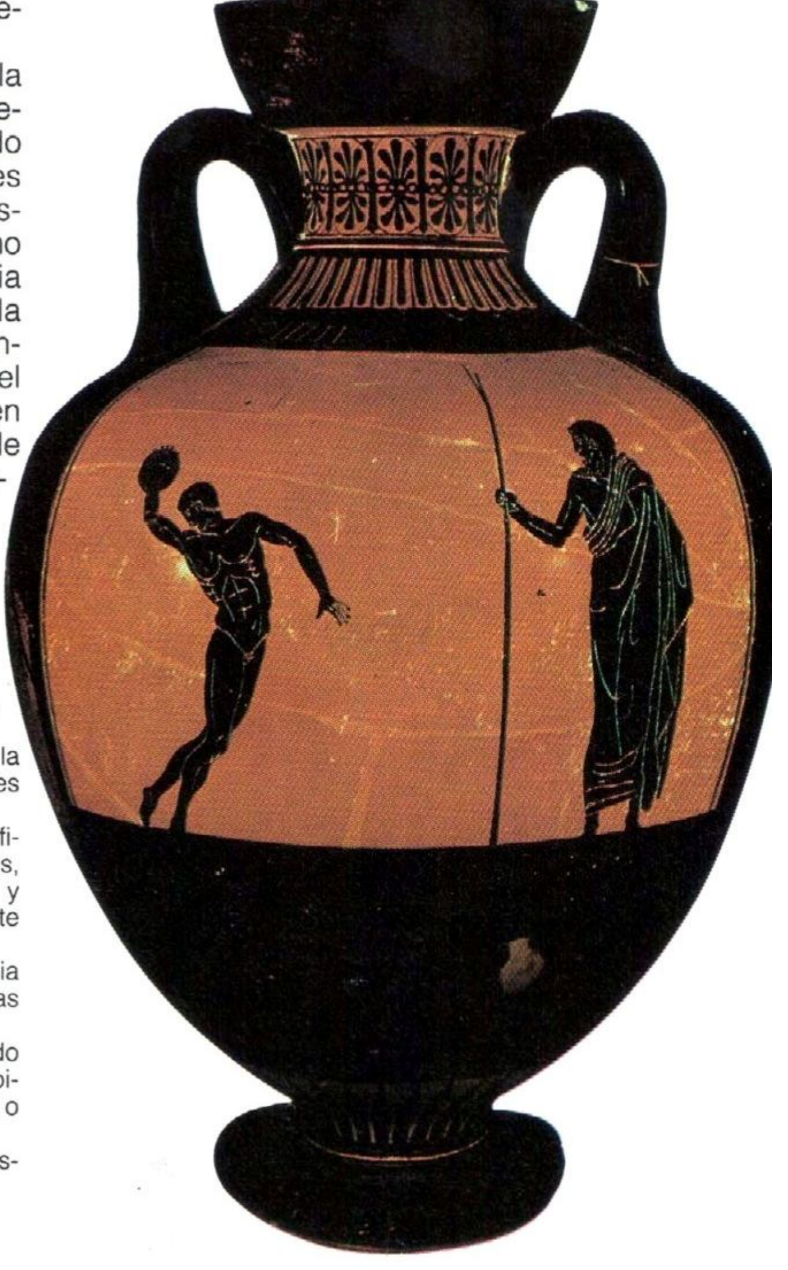
(4) Así Platón nos transmite la noticia de la estancia en Atenas de Parménides y Zenón coincidiendo con las Panateneas (cf. *Parm.* 127 a).

(5) El título de «Panegírico» con que nos ha llegado deriva del nombre del primer día de los juegos Olímpicos: *panegyris,* que podríamos traducir como reunión o fiesta.

(6) Dístico elegíaco: estrofa de dos versos, compuesta por un hexámetro y un pentámetro dactílico.

Bibliografía

Bengtson, H.: *Die Olympischen Spiele in der Antike,* Zürich und Stuttgart, 1971. Drees, I.: *Der Ursprung der Olympischen Spiele,* Stuttgart, 1962. Durántez, C.: *Olimpia y los juegos olímpicos antiguos,* I-II, Pamplona, 1975. Gardiner, E.: *Olympia. Its History and Remains,* Oxford, 1925. Jüthner, J.: *Die athletischen Leibesüngen der Griechen,* Wien, 1965. Moretti, L.: *Olympionikai i vincitori negli antiche agoni olimpici,* Academia Nacional del Lincei, Roma, 1957. Paleologos, C.: *Les anciens Jeux Olympiques. la treve. Organisation. Regles de Jeux. Competitions athletiques. Realisation,* Academia Olímpica Internacional. Atenas, 1964. Pausanias: *Descripción de Grecia.* En *Historiadores Griegos,* traducción de Francisco de P. Samaranch y A. Díaz Tejera, Madrid, 1969. Patrueco, R.: *Lo sport nella Grecia antica,* Florencia, 1972. Píndaro: *Olímpicas,* traducción, prólogo y notas de Francisco de P. Samaranch, Madrid, 1967. Schöbel, H.: *Olimpia y sus juegos,* México, 1968.

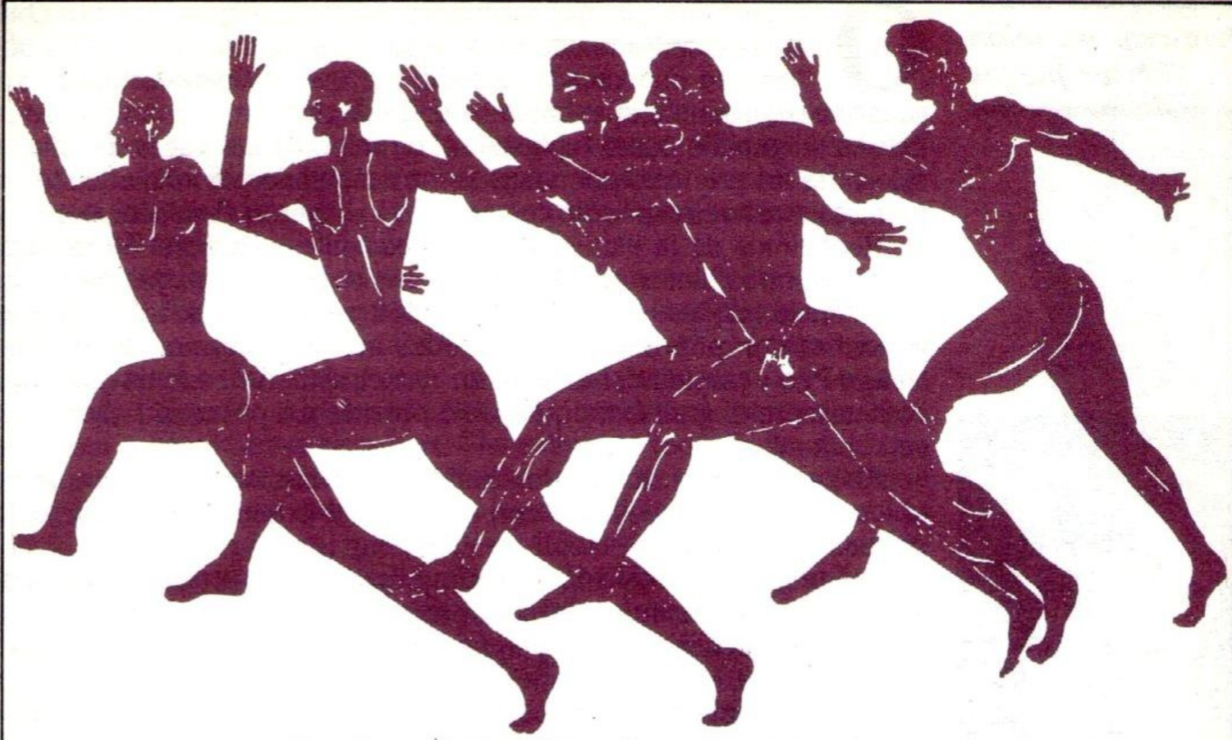


CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.
IMPRIME: TEMI.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-095-3. Tomo XI
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Corredores olímpicos (desarrollo en plano de la decoración de una cerámica de los siglos VI-V a.C.)

Las Olimpiadas

Textos

Selección realizada por
Emilio Crespo

CUADERNOS
historia 16

Primera mención de los juegos

OJALA fuera joven y mi fuerza persistiera inconmovible como cuando entre los epeos y nosotros surgió la contienda por el robo de una vacada, aquella vez que yo maté a Itimoneo, el valeroso Hipiróquida, que habitaba en Elide, en el momento en que me llevaba su ganado como represalia. Por defender sus vacas, resultó herido entre los primeros por una jabalina despedida por mi mano. Se desplomó, y sus huestes —sólo campesinos— huyeron alrededor aterradas.

Recogimos de la llanura un botín bastante cuantioso: 50 manadas de vacas, otros tantos rebaños de ovejas, otras tantas piaras de cerdos, otros tantos talados hatos de cabras y 150 yeguas bayas, todas hembras y muchas con potros bajo ellas. Todos nos los llevamos dentro de la Neleya Pilo y por la noche llegamos a la ciudad. Neleo tenía el corazón contento por el gran éxito que había obtenido, a pesar de haber ido joven al combate.

Al despuntar la aurora, los heraldos proclamaron con sonora voz que comparecieran aquellos con quienes había deuda contraída en Elide, tierra de Zeus.

Los príncipes de los pilios se congregaron para proceder al reparto. Pues, con muchos tenían los epeos deudas contraídas, en comparación con los pocos que nosotros éramos en Pilo, causa por la que sufríamos maltratos.



Luchadores (desarrollo en plano de la decoración de una cerámica del siglo VI a.C.)

Nos había maltratado el potente Hércules, cuando vino en los años anteriores y mató a todos los mejores: 12 habíamos sido los hijos del intachable Neleo; de ellos, yo era el único que había quedado: todos los demás habían perecido.

Engreídos hasta el extremo por esto, los epeos, de broncíneas túnicas, nos ultrajaban y maquinaban contra nosotros inicuas acciones. Por eso, el anciano, una manada de vacas y un gran rebaño de ovejas escogió, y seleccionó para sí, 300 cabezas con pastores que las apacentaran. Pues también con él, gran deuda había contraída en Elide, tierra de Zeus: cuatro caballos triunfadores en certámenes y, además, el carro, que habían ido a los juegos: por el premio de un trípode iban a correr. Augías, soberano de hombres, allí los había retenido y al cochero lo había echado fuera, entristecido por los caballos.

El anciano, airado por estos desmanes de palabra y de obra, escogió para sí un lote indescriptible, y lo demás se lo dio al pueblo, para que procedieran al reparto y nadie se marchara privado de la parte adecuada a cada uno. *(HOMERO, «Ilíada», 11, 670-705, traducción por Emilio Crespo.)*

Licurgo, instaurador de la tregua olímpica

SOBRE el legislador Licurgo, en conjunto, no puede afirmarse nada fuera de dudas, ya que su ascendencia, viaje y muerte, además de la actividad concerniente a sus leyes y a su labor política, cuentan con historias varias. Pero todavía menos consenso encuentran las fechas en que vivió este hombre.

Unos dicen, en efecto, que floreció con Ifito y con él instituyó la tregua olímpica; entre ellos también estaba el filósofo Aristóteles, el cual aporta, como prueba, el disco de las Olimpiadas, en el que el nombre de Licurgo se conserva escrito. Otros, calculando la fecha con las listas de sucesión de los que han reinado en Esparta, como Eratóstenes y Apolodoro, la fijan no pocos años antes de la primera Olimpiada. Por su parte, Timeo conjetura que, por haber existido dos Licurgos en Esparta en época distinta, a uno de ellos se atribuyen, por su fama, los hechos de ambos, y que el más antiguo vivió no muy lejos de los tiempos de Homero. Según algunos, incluso se encontró personalmente con Homero. También Jenofonte da fe de su antigüedad en el pasaje donde dice que nuestro hombre vivió en época de los Heraclidas, pues, cier-

tamente, por linaje, Heraclidas eran también los reyes más recientes de Esparta; pero éste, al parecer, quiere llamar Heraclidas a aquellos primeros y emparentados con Heracles. *(PLUTARCO, «Vidas paralelas I», 1-7, traducción de A. Pérez Giménez.)*

Hércules, mítico fundador de los juegos

CUANDO Yamo logró el fruto de la encantadora juventud de áurea corona, bajó al centro del Alfeo y, al raso, invocó nocturno al prepotente Posidón, su abuelo, y al dios arquero, guardián de Delos, de divina raigambre, pidiendo para su persona un honor benéfico para la gente. Encaminándose hacia él se dejó oír en respuesta la voz precisa de su padre: «Arriba, hijo, en marcha tras mi voz hacia una tierra abierta a todos.»

Llegaron a la abrupta roca del elevado Cronio y allí le otorgó un doble tesoro oracular: en un principio, oír la voz que ignora la mentira; y le ordenó, para cuando llegara Heracles, audaz en recursos, retoño augusto de los Alcidas, y fundara en honor de su padre la fiesta más concurrida, así como el supremo reglamento de los juegos, que estableciera entonces un oráculo en el excelso altar de Zeus. *(PINDARO, «Epinicios Olímpica VI», 57-70, traducción de P. Báderas y A. Bernabé.)*

Sólo los griegos podían participar en los Juegos Olímpicos

POR otra parte, que estos decendientes de Perdicas son griegos, como ellos mismos pretenden, yo personalmente me hallo en condiciones de afirmarlo y, de hecho, en posteriores capítulos lo demostraré; además, los propios Helanódicas, que supervisan los Juegos Olímpicos, determinaron que así era. En efecto, en cierta ocasión en que Alejandro se decidió a tomar parte en la competición y, con ese propósito, bajó a la pista, los griegos que iban a competir con él en la carrera pretendieron excluirlo de la misma, alegando que la prueba no estaba abierta a participantes bárbaros, sino reservada a griegos. Sin embargo, una vez que Alejandro hubo demostrado que era argivo, se dictaminó que era griego y disputó la carrera del estadio, en la que llegó igualado con el primero. En suma, que así fue, poco más o menos, como sucedió lo que he contado. *(HERODOTO, «Historia 5», 22, traducción de C. Schrader.)*

La lisuta de los vencedores olímpicos

AHORA bien, aunque se dice que Numa fue amigo de Pitágoras, unos consideran, de manera rotunda, que Numa no tuvo nada que ver con la educación griega, como si por naturaleza estuviera capacitado y se bastara para la virtud, o a algún bárbaro mejor que Pitágoras se debiera la formación del rey. Según otros, Pitágoras vivió más tarde [y] alejado de la época de Numa en total casi cinco generaciones; pero Pitágoras el espartiata, que había vencido el *stádion* en los juegos olímpicos durante la decimosexta Olimpiada, en cuyo tercer año subió Numa al trono, en un viaje por Italia tuvo trato con Numa y le ayudó en su ordenamiento constitucional; y, a raíz de eso, con las costumbres romanas se han entremezclado no pocas laconias, por haberlas enseñado Pitágoras. Pero, además, Numa, por su familia, era descendiente de sabinos, y los sabinos pretenden haber sido ellos mismos colonos de los lacedemonios.

Es difícil, por tanto, fijar con exactitud su cronología y, en especial, la que se basa en los vencedores olímpicos, cuya lista dicen que publicó Hipias de Elide, sin partir de ningún criterio con autoridad suficiente para inspirar confianza. Pero lo que hemos logrado reunir, digno de mención, acerca de Numa, lo contaremos después de tomar un comienzo apropiado. *(PLUTARCO, «Vidas paralelas I», traducción de A. Pérez Giménez.)*

Política panhelénica

CON frecuencia me ha causado asombro que quienes convocaron las fiestas solemnes y establecieron los certámenes gimnásticos, consideran merecedores de tan enormes premios los éxitos físicos y que, en cambio, a los que particularmente se esforzaron por el interés común y tanto aprestaron sus espíritus para ayudar a los demás, no les concedieran honor alguno. A estos últimos hubiera sido lógico prestarles más atención; porque si los atletas duplicaran su fuerza no resultaría mayor beneficio para los demás, pero de un solo hombre inteligente se beneficiarían todos los que quisieran participar de su pensamiento. No elegí quedarme cruzado de brazos porque esto me descorazonara, antes bien, tras considerar que para mí sería premio suficiente la fama que me resultare de este mismo discurso, vengo a aconsejar la guerra contra los bárbaros y la concordia entre nosotros. Y aunque no desconozco que muchos de los que presumen de sofistas se lanzaron sobre este tema, sin embargo, por un lado tengo la esperanza de aventajarles de tal manera que parezca que nunca han dicho nada sobre ello; y al mismo tiempo he decidido que los más hermosos discursos son los que, al versar sobre asuntos de primera importancia, hacen destacar más a los oradores y benefician a sus oyentes extraordinariamente. Este discurso es uno de ellos. Por otra parte, no han cambiado tanto las circunstancias como para que sea vano recordar estas cosas. Pues los oradores deben callar cuando un asunto finaliza y ya no hay que deliberar sobre él, o cuando uno ve que un discurso es tan definitivo que no puede ser superado por los demás. Pero mientras que las cosas vayan como antes y ocurra que se haya hablado con descuido, ¿cómo no va a ser necesario el examinar y estudiar este discurso que, si tuviera éxito, nos libraría de la guerra entre nosotros, del desorden actual y de los mayores males? *(ISOCRATES, «Discursos I», traducción de Guzmán Hermida.)*



Synoris del siglo v a.C. (tetradraema acuñada entre el año 460-450 a.C.)

Los espartanos expulsados de los juegos, por no haber respetado la tregua olímpica

AQUEL verano hubo Juegos Olímpicos, en los que Andróstenes, el arcadio, triunfó en el pancracio, por vez primera; y los eleos impidieron a los lacedemonios la entrada en el recinto sagrado —lo que les excluyó de los sacrificios y de las competiciones— (...), asegurando que habían levantado la armas contra ellos... en plena tregua olímpica (...). Los lacedemonios decían que la tregua no se había proclamado aún en Esparta (...). Los eleos... afirmaban que la tregua estaba ya vigente en su país..., y que por eso estaban ellos ya ociosos y desprevenidos —cosa lógica en tiempo de tregua—, lo que los lacedemonios aprovecharon (...).

Los lacedemonios estaban excluidos del santuario y hacían los sacrificios en su patria, en tanto que los demás griegos... asistían a las celebraciones (...).

Y entre la comunidad reunida hubo un fuerte temor de que los lacedemonios llegaran en armas, sobre todo después de que el lacedemonio Licas, hijo de Arcesilao, fuera golpeado en la pista por los rabducos: su tronco de caballos había logrado la victoria y, cuando el heraldo proclamó vencedor al estado beocio por no poder él tomar parte en la competición, entró en la arena y coronó al auriga en su afán de hacer ver que el carro era suyo. *(TUCIDIDES, «Historia de la guerra del Peloponeso», V, 49-50, 4, traducción de Luis M. Macía.)*

Progresiva adición de pruebas

Y así vemos que desde que hay recuerdo ininterrumpido de las Olimpiadas, había premio, al principio sólo para la prueba de carrera, en la que venció el primer Corebo, de Elide, del cual no hay estatua en Olimpia, pero sí una tumba en los confines de Elide.

Más tarde, en la Olimpiada 142 se añadió la prueba de doble estadio (...).
En la Olimpiada 18 se citan ya el pentatlon y la lucha (...).
En la Olimpiada 23 se dieron premios de pugilato (...).
En la 25 hubo carrera de caballos (...).
En la octava Olimpiada, después de ésta, fueron admitidos el pancraciasta y el caballo ligero (...).
De pruebas infantiles no hay recuerdos antiguos, pero los eleos las establecieron por su gusto. Se establecieron premios de carrera y lucha para niños en la Olimpiada 37 (...). En la Olimpiada 41 hubo pugilato infantil (...).
La carrera con armas se estableció en la Olimpiada 65, yo creo que como preparación para la guerra (...).
La carrera de dos caballos, llamada synoris, se estableció en la Olimpiada 93 (...).
En la Olimpiada 99 se decidió competir con carros tirados por potros (...).
Se estableció después la biga de potros y la carrera en potro (...).
En la 145 se señaló premio al pancracio de niños.
Algunas pruebas de Olimpia desaparecieron por cambiar los eleos de parecer. Así, el pentatlon infantil, establecido en la Olimpiada 38 (...), no volvió a repetirse por decisión de los eleos. Sobre la carrera de carro de mulos y la de trote, establecidas en la septuagésima Olimpiada aquélla y en la siguiente, ésta, en la Olimpiada 84 se anunció que en lo sucesivo no existiría. *(PAUSANIAS, «Descripción de Grecia», V, 8, 6V, 9, 1, traducción de A. Tovar.)*



Lanzador de jabalina (dibujo a partir de la decoración de una cerámica del siglo VI a.C.)

Origen de los juegos, según Pausanias

DE los Juegos Olímpicos dicen los eleos que hablan de cosas antiguas, que fue Crono el primer rey del cielo, y que a él le fue dedicado un templo en Olimpia por los hombres que había entonces, llamados la raza dorada. Cuando Rea parió a Zeus, encargó de guardar a su hijo a los Dáctilos del Ida, llamados Curetes, venidos del Ida de Creta: Hércules, Peoneo, Epimedes, Iasio e Idas.

Hércules, que era el mayor, propuso en juego a sus hermanos una prueba de carrera, en la que al vencedor le coronó con su ramo de acebuche, del cual tenían tanta abundancia que, cuando verdes, sus hojas les servían de lecho para dormir. Y dicen que Hércules trajo a Grecia el acebuche desde el país de los Hiperbóreos, que son los hombres que viven más allá del viento Bóreas; y Olén de Licia en el Himno a Aqueia fue el primero en afirmar que Aqueia había llegado a Delos desde aquel país; después, Melanopo de Cime en su Canto a Opis y Hecaerga dijo que éstas llegaron antes que Aqueia desde los Hiperbóreos a Delos. Aristeo de Proconeso también hizo mención de los Hiperbóreos, quizá más enterado sobre ellos por los Iédones, a los cuales llegó, según sus versos.

A Hércules Ideo corresponde, pues, la gloria de haber fundado los juegos y haberles dado el nombre de Olímpicos. Y decidió que se celebrasen cada quinto año, porque él y sus hermanos eran cinco. *(PAUSANIAS, «Descripción de Grecia», V, 7, 6, traducción de A. Tovar.)*

Un campeón

QUILON de Patras, en Acaya, ganó dos victorias de lucha de hombres en Olimpia, una en Delfos, cuatro en el Istmo y tres en Nemea. Fue enterrado con honores públicos por los aqueos, pues su muerte aconteció en la guerra. Me lo testimonia la inscripción de Olimpia:

«Luchador soy vencedor de hombres dos veces en Olimpia y en los

juegos píticos, tres en Nemea y cuatro en el Istmo junto al mar. Yo, Quilón, hijo de Quilón, de Patras, y el pueblo aqueo, cuando perecí en la guerra, me dio sepultura por mi valor.»

Esto decía la inscripción. Si de que Lisipo sea el autor de la estatua, puede deducirse la época de la guerra en que cayó Quilón, debió de ser o en la batalla de Queronea, luchando en unión de todos los aqueos, o él solo, con valor y audacia, luchando en la de Lamia de Tesalia contra Antípatro y los macedonios. *(PAUSANIAS, «Descripción de Grecia», VI, 4, 6-7, traducción de A. Tovar.)*

Las proezas de Pulidamante

SOBRE la basa alta está una obra de Lisipo, que representa al más alto de todos los hombres, excepto los héroes y la raza mortal que quizá existió antes de los héroes, al mayor de los hombres actuales, Pulidamante, hijo de Nicias. Escotusa, su patria, no tiene ahora ya habitantes, pues Alejandro, tirano de Feras, la tomó en tregua... y dio muerte a todos los hombres, vendió a las mujeres y los niños y con el dinero pagó a sus mercenarios (...).

Otros consiguieron también brillantes victorias en el pancracio, pero Pulidamante, además de estas coronas, obtuvo otra gloria (...). En el Olimpo dio muerte a un león, grande y fiero animal, sin ayuda de arma ninguna. Esta hazaña se la inspiró la veneración a Hércules, uno de cuyos trabajos, según la leyenda, es haber vencido al león de Nemea.

Otra cosa asombrosa y memorable hizo Pulidamante: entró en un rebaño de vacas, y al toro mayor y más salvaje lo cogió de una de las patas traseras, sujetándolé el casco sin soltarle, aunque saltaba y tiraba, hasta que el toro, después de mucho, con toda su fuerza tiró y se escapó, dejándose el casco en las manos de Pulidamante. Se cuenta también que después de un auriga, tirando él desde delante, arreaba el carro, Pulidamante, cogiendo por detrás el carro con una mano, detenía a los caballos y al auriga a la vez. *(PAUSANIAS, «Descripción de Grecia», VI5, 1-6, traducción de A. Tovar.)*

Las estatuas de los vencedores

NO de todos los que vencieron en Olimpia se levantan estatuas, sino que muchos, aun distinguidos en otras cosas, no las tienen. De éstos habré de prescindir, porque no voy a hacer la lista de los atletas que triunfaron en Olimpia, sino una relación de las ofrendas e imágenes. Y ni aun citaré todos los que tienen estatua, pues sé que muchos, no por fuerza, sino por capricho de la suerte, consiguieron la corona de olivo. Haré mención, pues, de los más famosos y de aquéllo cuyas estatuas son mejores.

Hay a la derecha del templo de Hera una estatua de luchador, que es de un eleo, Símaco hijo de Esquilo; junto a él, está la de Neolaidas, hijo de Próxeno, de Feneo de Arcadia, triunfador en el pugilato infantil; viene luego Arquedamo, hijo de Xenias, triunfador en la lucha infantil y también eleo (...).

La inscripción que hay sobre Cleógenes hijo de Sileno dice que es del país y que triunfó en un corcel ligero de su propia yeguada (...). Siendo heladónica, triunfó Troilo con la biga de caballos hechos y con el carro de potros en la Olimpiada 102. Después de esto los eleos decidieron que en lo sucesivo ninguno de los helanódicas pudiera intervenir en las pruebas de caballos. *(PAUSANIAS, «Descripción de Grecia» VI 6,1-5, traducción de A. Tovar.)*

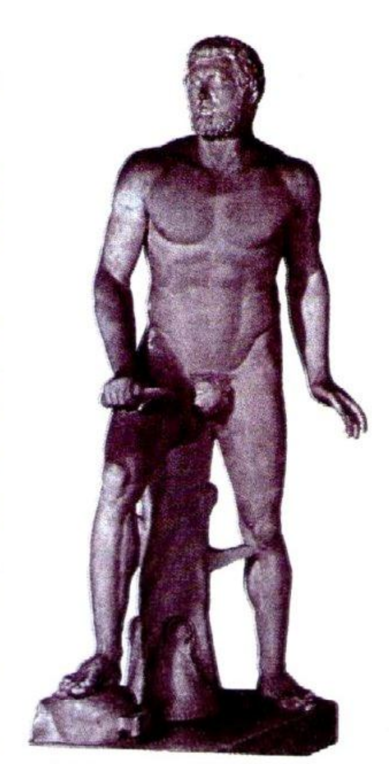
La fama de Alcibiades

LA cuadra de caballos y el número de los carros le hicieron muy famoso, pues con siete ninguna otra persona, ni particular ni rey, participó en las carreras de Olimpia: él fue el único. Y la gloria de haber quedado a la vez vencedor, segundo y, según afirma Tucídi-

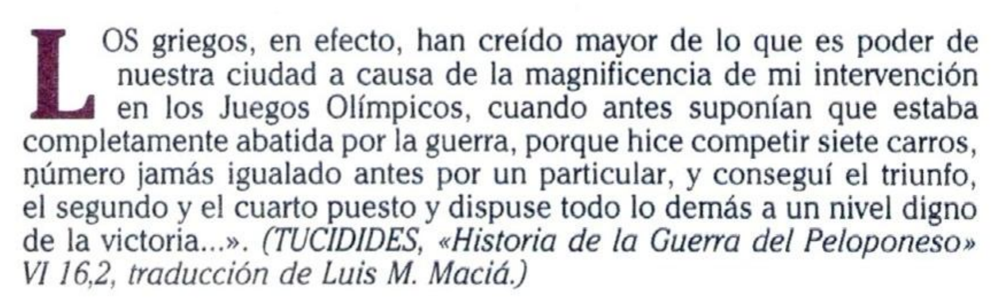
des, cuarto, o, según Eurípides, tercero, supera en brillantez y fama todo lo que se pueda ambicionar en esta materia. Dice Eurípides en su canto triunfal lo siguiente:

«A ti te cantaré, oh hijo de Clinias. Bella es la victoria, pero lo más bello es, cosa que ningún otro de los griegos hizo, quedar en la carrera de carros en los lugares primero, segundo y tercero, y subir sin fatiga dos veces, coronado de hojas de olivo, para ser objeto varias veces consecutivas de la proclamación del heraldo.»

Sin embargo, la rivalidad de las ciudades por concederle honores dio realce a la brillantez de sus victorias: los efesios erigieron en su honor una tienda magníficamente adornada; la ciudad de Quíos ofreció alimento para los caballos y gran número de víctimas; y los lesbios, vino y toda clase de provisiones para que obsequiaran con suntuosos banquetes a muchísimas personas. Sin embargo, todavía dio más que hablar un rumor que suscitó aquella competición victoriosa, del que no se puede asegurar si fue calumnia o noticia fundada en una acción indigna. Se dice, en efecto, que había en Atenas un tal Diomedes, hombre honesto y amigo de Alcibíades, que deseaba obtener la victoria olímpica y que al enterarse de que había en Argos un carro que pertenecía al estado, como sabía que Alcibíades poseía una gran influencia en Argos, donde tenía muchos amigos, le convenció de que comprara el carro para él. Alcibíades lo compró, pero lo registró como propio, y a Diomedes, a pesar de que lo tomó muy mal y puso por testigos del atropello a los dioses y a los hombres, lo mandó a paseo. Se sabe que incluso se presentó una querella judicial por este asunto... *(PLUTARCO, «Vida de Alcibíades», traducción de Emilio Crespo.)*


Alcibiades, general y político tan famoso como polémico. Fue propietario de carros y caballos vencedores en Olimpia (Museo Vaticano)

Alcibiades en los juegos


LOS griegos, en efecto, han creído mayor de lo que es poder de nuestra ciudad a causa de la magnificencia de mi intervención en los Juegos Olímpicos, cuando antes suponían que estaba completamente abatida por la guerra, porque hice competir siete carros, número jamás igualado antes por un particular, y conseguí el triunfo, el segundo y el cuarto puesto y dispuse todo lo demás a un nivel digno de la victoria...». *(TUCIDIDES, «Historia de la Guerra del Peloponeso» VI 16,2, traducción de Luis M. Maciá.)*

A Terón de Acragante (*), vencedor en la carrera de carros (Premio al vencedor)

DESEO agradar a los hospitalarios hijos de Tindáreo y a Helena de hermosas trenzas, cuando, por honrar a la insigne Acragante, pongo en pie un himno por la victoria olímpica de Terón, flor de corceles de infatigables cascos. Con tal fin me asistió la Musa en ese intento mío de hallar un modo esplendorosamente nuevo de ajustar a la horma doria el canto, ornato del cortejo triunfal. Y es que las coronas, cuando ciñen melenas, me obligan a cumplir este deber de divina raigambre: adecuar como se debe al hijo de Enesidamo la forminge de polícromos sones, el vocerío de las flautas y el tema de mis versos. Mas es Pisa la que me ha obligado a hacerme oír, pues de ella, y otorgadas por los dioses, llegan hasta los hombres las canciones en honor de cualquiera a quien un estricto juez de Grecia, un etolio, en cumplimiento de antiguos mandatos de Heracles, le ciña por encima de sus párpados, en torno a su cabello, el ornato grisáceo del ovilio que desde los veneros muy umbríos del Istro trajera un día el hijo de Anfitrión. ¡Es el recuerdo más hermoso de los certámenes de Olimpia! *(PINDARO, «Epinicios, Olimpica III», traducción de Pedro Bádenas y A. Bernabé.)*

(*) Acragante o Agrigento.

Nerón en los Juegos Olímpicos

NARRA Suetonio que era Nerón sobremanera aficionado a las carreras de cuádrigas y a los certámenes poéticos, musicales y teatrales, tanto como espectador como partícipe activo en estas competiciones. *Y no contento con haber dado en Roma estas muestras de sus habilidades, se trasladó, como ya hemos dicho, a Acaya, impelido especialmente por la causa siguiente. Las ciudades en las que habitualmente se celebraban certámenes musicales habían adoptado la norma de enviarle todas las coronas de los cantores de cítara. Le causaba tanto placer recibirlas que no sólo concedía audiencia, antes que a nadie, a los legados encargados de entregárselas, sino que incluso les sentaba en su mesa entre sus más íntimos amigos. En una ocasión, algunos de estos legados le rogaron que cantase en la sobremesa y le prodigaron unos aplausos tan frenéticos que Nerón exclamó: «Sólo los griegos saben escuchar y son dignos de mi arte», y, no demorando más la partida, tan pronto como hubo desembarcado en Casiope, debutó en seguida como cantante ante el altar de Júpiter Casio y se presentó luego a todos los certámenes, uno tras otro.*

Para lograrlo, agrupó en un año los certámenes correspondientes a las fechas más dispares e incluso hizo repetir algunos. Además organizó en Olimpia, innovación sin precedente, un certamen musical y, para que nada le distrajera ni reclamara su atención mientras estaba ocupado en tales actividades, contestó a su liberto Helio, que le advertía que la situación en Roma exigía su presencia, con las siguientes palabras: «Aunque tú en este momento me aconsejas y deseas que regrese cuanto antes, no obstante mejor sería que me aconsejaras y desearas que regresase digno de Nerón.» Cuando cantaba, no se permitía a nadie salir del teatro, ni siquiera por motivos de imperiosa necesidad; así es que se cuenta que algunas mujeres dieron a luz durante las representaciones y que muchos espectadores, aburridos de tanto oírle y aplaudirle, al encontrarse con las puertas de los teatros cerradas, saltaron furtivamente desde lo alto del muro o bien, haciéndose pasar por muertos, fueron sacados al exterior para enterrarlos. Cuesta trabajo creer con cuánta zozobra y angustia participaba en los concursos, la envidia que le inspiraban sus rivales y el miedo que sentía hacia los jueces [...].

Entró también en liza como auriga en muchos lugares; en los juegos olímpicos guió incluso un carro tirado por diez caballos, a pesar de que en uno de sus poemas había censurado al rey Metrídates precisamente por esto mismo; pero expelido del carro y de nuevo colocado en él, no pudo dominarlo, por lo cual desistió antes de terminar la carrera, sin que ello fuera obstáculo para ser coronado. Al abandonar Grecia, otorgó la libertad a toda la provincia y a los jueces el derecho de la ciudadanía romana, así como una fuerte suma de dinero. Estas mercedes las anunció él mismo de viva voz, desde el centro del estadio, el día de los juegos ítsmicos.



Corredor en posición de salida (bronce del siglo v a.C.)

A su regreso de Grecia entró en Nápoles, por ser ésta la ciudad en que había debutado como artista, en una carroza tirada por caballos blancos y a través de una brecha abierta en las murallas, como acostumbraban a hacerlo los vencedores de los juegos sagrados. Con igual pompa penetró en Ancio, luego en Albano y finalmente en Roma, pero en esta última subido en la misma carroza utilizada por Augusto al hacer tiempo atrás su entrada triunfal. Vestía un traje de púrpura y una clámide adornada con estrellas de oro, y llevaba en la cabeza la corona olímpica y en la mano derecha la pítica. (SUETONIO, «Vida de los doce Césares», VI.22, 3; 23,1 y 2; 24,2; 25,1, traducción de Mariano Bassols de Climent.)